

P R Ó L O G O

Estas líneas, simple saludo en la aparición de este libro, pañuelo en la partida del barco, se escriben en la hora de la liberación de Santander. Como se alabe según es debido el entusiasmo y triunfo de la recepción de nuestras tropas, yo me he permitido decir:

—Sólo otro recibimiento emulará y aun vencerá al santanderino: el de Valencia.

Pero... Sí, adivino, oigo ya el pero inevitable. No importa. Insisto en mi afirmación. En Valencia, dentro de poco, habrá igual frenesí que en la Montaña, y además aquella vocación mediterránea de los desfiles, del color, de las músicas, de las flores; de las apoteosis, en una palabra. No olvidemos que el propio Felipe II advertía que los sentidos también existen, cuando, por ejemplo, se le agasajaba con una fiesta en la Lonja valentina. Valencia, romana,

drabe, italianizante, heredó el don de la opulencia, y lo desarrolla en un fondo oriental contra el que resalta el ímpetu de su barroquismo creador. Va a ser, repito, formidable la cabalgata de la redención de Valencia del Cid.

Del Cid. He aquí que de nuevo Rodrigo acude en defensa de su ciudad, y diríase que otra vez sus

«ojos vellidos, catan a todas partes, miran Valencia, cómo yace la ciudad, e del otra parte a ojo han el mar, miran la huerta, espessa es e grand...»

¿Cómo salvará ahora el de Vivar a su feudo incomparable, y en donde luchó después de muerto, escultórico el cadáver en el caballo? En esta trágica ocasión ayuda a Valencia con el recuerdo de un pasaje del Poema nacional por antonomasia. Un insigne pintor valenciano, Ignacio Pinazo Camarlench, fijó en el lienzo el episodio a que me refiero, y el cuadro podría representar la dolorosa y desconcertante actualidad de mi tierra. Dos mujeres desnudas y malheridas yacen al pie de un árbol, atadas al tronco con unas correas. Son doña Elvira y

doña Sol en el robledo de Corpes, tras el martirio y abandono de que las hicieron víctimas los Infantes de Carrión, sus indignos maridos.

Valencia, el Reino de Valencia, llamado serenísimo del aire, tenía dos hijas: su clara y armoniosa tradición greco-latino-arábiga, mediterránea, y su españolísima voluntad. Como doña Sol y doña Elvira, cayeron entrambas seculares y nunca desmentidas virtudes en la esclavitud de los intrusos, que han acabado siendo sus verdugos. Con sus espuelas, con las cinchas corredizas, y entre sarcasmos y blasfemias, los Infantes atormentaron a sus esposas, dejándolas, por fin, que ya non pueden hablar; por muertas las dexaron. De la misma manera, el doble orgullo y linaje de Valencia sufre el martirio de sus invasores. Pero, si las hijas del Cid fueron vengadas, y, por sus nuevas bodas, en ellas se hubieron reyes, también el abolengo de la civilización clásica y el patriotismo han de reivindicarse y han de proporcionar a Valencia nuevos títulos; y Valencia, habituada a ofrecer riquezas y flores, sabrá anular sus homenajes anteriores en uno que asombre al mundo.

En tanto, indispensable es la solicitud de los

valencianos hacia nuestro secuestrado emporio, y no ya la resignada y nostálgica, sino la más animosa, la edificante, en todos los sentidos de la edificación.

Este libro tiene ese mérito, entre otros. Su autor, hombre entendido en la ciencia de la Economía, con acusado perfil en el mundo de los negocios, ha escrito, no al pasar, precisamente; al ser detenido y encarcelado, las páginas que siguen, y que reflejan, más que sus inquietudes personales, el interés, la sugestión del ambiente. Entre lírica y objetiva, la obra del notable financiero ha resultado ser una obra de arte.

Levantino característico, hasta en el color añil de sus ojos, y... en su verbosidad con palabras que parecen tener pulpa como la fruta, a pesar de su especialización, el señor Ferrándis Luna, no es que se revele artista; le sería imposible dejar de serlo. Por verdadero privilegio sensorial de la estirpe, la gente oriental hispánica tiene un mágico y espontáneo poder de captación de cuanto se relaciona con la luz, el color y la plasticidad, y he ahí cómo este montón de cuartillas, que en manos de cualquier otro español acaso no hubiesen sido más

que periodísticas o documentales, se elevan a la categoría de, no sé si literarias o pictóricas, pero, desde luego, artísticas.

Aquello, sin embargo, que tengo por sobresaliente, en lo que respecta a su interés, está en el capítulo que encierra el programa del engrandecimiento de Valencia. A decir verdad, su programa es todavía fragmentario: se trata de un boceto o esquema, que, a lo largo de su desarrollo, iría completándose, perfeccionándose. Más que cantera y menos que edificio, es ya el bloque de las piedras sillares.

Habiendo salido en la mocedad de mi país, pero retornando al hogar periódicamente, nunca lo olvidé en lejanas correrías, y siempre, a mi regreso, llevaba noticias y otras aportaciones. Nunca mis palabras tuvieron eco, salvo en las minorías, que, por serlo, no dirigían en los tiempos democráticos y del sufragio universal. Recuerdo que llegué inclusive a preocuparme por el lamentable espectáculo de nuestra exportación naranjera, y que estudié la administración de California, perfectamente adaptable a España, y que habría acabado con la humillación y el perjuicio material que el cultivo de oro sufre en los mercados ingleses y alemanes.

Nadie quiso enterarse de nada. Ni siquiera interesó ver a un juglar en sus cubileteos con las naranjas.

Valencia está en absoluto desorientada acerca de su personalidad. Por de pronto, será necesario limpiarla de la costra de chabacanería y cerrilismo de una política entre matonil y mitinesca, con relumbrones populacheros. Si después de tal limpieza se consigue disciplinar a las masas, tal vez será propicio el momento para la meditación de los jefes. Y entonces...

Dos valores ha de recobrar Valencia. El local y el de su expansión. Digo recobrar, porque en los dos casos se cuenta con antecedentes legítimos. Para el primero, y que comprende el aspecto y ritmo de la ciudad, debe ésta no olvidar nunca su parentesco con todas las manifestaciones del Mediterráneo, desde las cúpulas de Roma a los pinos de Nápoles y el mercado de Estambul. (¿Por qué, Señor, las hordas que destruyeron los Santos Juanes no habrán derribado el exótico e impertinente tinglado edilicio en que se obligó a refugiarse hasta a las pescaderas, que ya, bajo la cubierta metálica, y sobre mármoles, ni siquiera conservan sus modismos? Ese pabellón extraño, centroeuro-

peo, profana la plaza bellísima que preside la Lonja.) Y por lo que toca a la expansión valenciana, no se detuvo en los tiempos máximos hasta lograr la universalidad. Señalemos y reverenciemos a San Vicente Ferrer, con su don de lenguas; a los Borgias, en el solio pontificio, y a Luis Vives, serenidad augusta entre la pasión candente de los Borgias y la pasión luminosa del Santo, y que allá en Brujas, en la tiendecita de su mujer, componía sus filosofías, más sutiles que los encajes que iba vendiendo la esposa.

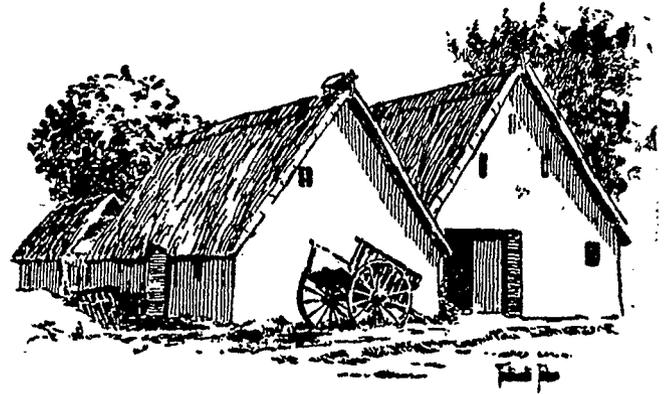
No se extinguió por completo el caudal universalista, pudiendo citarse el caso del propio Blasco Ibáñez, que sin duda conquistó el mundo, y el de Sorolla, gloria sin fronteras. Y no es baladí el detalle de que Teodoro Llorente, prestigio regional si los hay, fuese en su tiempo el traductor por excelencia. No, no se ha agotado el manantial. Pero está sucio, descuidado. Difícilmente en parte alguna encontraríamos la juventud intuitiva que, una tras otra generación, va perpetuando en Valencia sus promesas y sus fracasos. Nadie la educa, y el adolescente de aire y espíritu florentinos termina en devorador de paellas, que se consuela de su derrota con

cáusticas ironías contra la gentileza y la espiritualidad.

Basta. No es este el instante de extenderse en consideraciones, sino de hacerlas innecesarias, con nuestra enmienda. Creo que Valencia ha de salir purificada de su prueba terrible, y creo también que el libro de Ferrándis Luna es un augurio feliz de ese futuro digno de aquel pasado: suyos, y del presente de España.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

Burgos, agosto, 1937.



EL COLOR DE VALENCIA

Bien puede servir para cabecera y entrada de las páginas que siguen, una afirmación trascendente: el color propio de Valencia no es el rojo. Sólo a desgraciadas eventualidades, ajenas al alma de aquel país y a sus inclinaciones esenciales, se debe el que Valencia haya sido escenario y cobijo del dramatismo rojo; sus únicos pecados, esto es cierto, fueron su frivolidad, su falso optimismo, en los tiempos que precedieron al Levantamiento Nacional, esa indiferencia de bella durmiente que siempre adopta aquella tierra que no ha sentido nunca los grandes deberes que le impone su riqueza; ciudad que al despertar de su sueño se ha encontrado, ahora, con sorpresa inconcebible, en los brazos brutales del monstruo.

Y con la ciudad cayó toda una gran región de gran

tono económico, en la cual los islotes rojos se distinguieron siempre por su excepcionalidad.

No era este el destino de Valencia; la fatalidad caprichosa ha decidido que, en lugar de aportación brillante, por su población, por su productividad, Valencia se haya convertido en albergue y despensa, odiosos, de los enemigos de España.

Que conste así, sin dudas ni vacilaciones. Nos interesa y conviene a todos, valencianos o no. Bastantes malquerencias y odios se han de liquidar, para que vayamos a crear otros, que en el caso de Valencia serían injustos.

La gran alegría de Valencia hubiese consistido en igualar y superar a esas tierras españolas que se llaman Navarra y Galicia y Castilla y Aragón y Andalucía y tantas otras.

Pero, como compensación, tenemos una esperanza, bien fundada. A Valencia le llegará también su hora gloriosa, postrera y triunfal, y sabrá doblemente cumplir con sus deberes. Lo hará con amplitud, anchamente, como son sus costas, como son sus vegas; se entregará con amor inigualado a los hijos de España, franca y generosamente. Y además de los tesoros de su agro, de la industria de sus hombres y de la gracia de su arte, aportará al Movimiento la visión grande e imperial de nuestra historia y de nuestra cultura, tal como la sintieron San Vicente Ferrer, Luis Vives y los Borgias.

Bodas reales celebradas en Valencia, hicieron escribir al Príncipe de los Ingenios, Lope de Vega, que

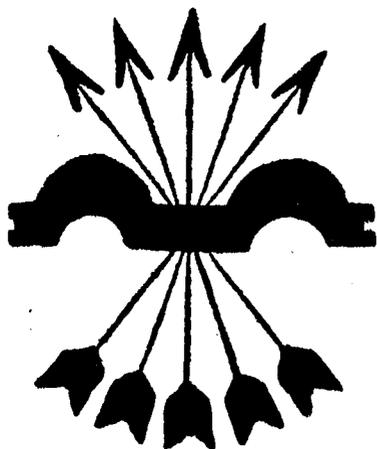
en aquella ocasión la ciudad «casi revienta de contento».

Para nuevas bodas, de España con el Mar y con el Imperio, nos habremos todos de citar junto a aquel Mediterráneo, en la ciudad que hoy, por nuestro conducto, no puede ofrecer, aprisionada, otro tributo a Franco que una terrible, enorme, lista de muertos por Dios y por la Patria y el cascarón ennegrecido de sus cien templos incendiados.

Pero el corazón de Valencia, puro e incorruptible, se prepara nupcialmente...

E S T A M P A S

ESCENAS DE CALLE Y DE CÁRCEL
EXPATRIACIÓN
FINAL ROMANO



EL FORO ROJO

Un alcalde de Valencia, con la excusa del paro obrero y sin autorización del Ayuntamiento, resolvió un mal día, hace de esto unos pocos años, pero ya en plena República, realizar la urbanización de la plaza de Castelar, llevando a la práctica un proyecto desafortunado.

Piedra y más piedra, cantera tras cantera, se consumieron en la construcción de aquella plataforma con su mercadillo de flores agujereado y sus fontanas laterales. El humor del pueblo tuvo en seguida la intuición de que aquella reforma era un disparate estético, y la bautizó con populares motes: «La pedrera», «La escupidera», y tantos otros.

Y razón tenían los críticos. Levantando el centro de la plaza, los edificios que la encuadran quedaban achatados y empequeñecidos; la comunicación y perspectiva de la calle de las Barcas, interrumpidas; las flores del mercado, soterradas en un cementerio egipcio de robustos pilares pétreos.

Y sobre todo, aquella bandeja formidable de cantería era un lugar bien cómodo y soleado para que

en el centro de la ciudad, allí donde en todas las urbes se produce la máxima vibración de tránsito, se crease un remanso de holgazanes y de conspiradores, completado por la triste exhibición de pobres ancianos, de enfermos, de rurales extraviados y de sucios betuneros.

En aquellos grupos de la plaza de Castelar, elevados por la desgraciada urbanización, se han estado, durante años, instruyendo en las doctrinas anarquistas, centenares y centenares de valencianos. Escuela Roja, permanente, incesante, contemplada por las autoridades, perfumada por las flores próximas; Escuela Roja de donde han salido los incendiarios de la Catedral y de todas las iglesias; academia de asesinos y de ladrones, decorada con piedra labrada, y bien alumbrada por ornamentales farolas.

Siempre que por allí pasábamos, nuestros ojos se cerraban maquinalmente para no ver tal espectáculo.

Al producirse la revolución roja, la plaza de Castelar elevó su color sangriento al tono máximo. Se pensó elevar sobre la plataforma de piedra unas horcas o patíbulos para la ejecución de nuestras víctimas; a punto se estuvo de realizar el trágico proyecto; luego se desistió de ello.

Pero esa plaza ha sido el escenario donde los pequeños y los grandes demagogos de Valencia lanzaban sus arengas a las multitudes en fiebre homicida, y el lugar de cita de todos los victimarios.

Y aquella masa arquitectónica de piedra que forma el centro de la plaza limitado por las farolas, constituía los «Rostras» o tribuna de los oradores, como en el Foro de Roma, con la distancia que media entre un Cicerón y un Domingo Torres o una Federica Montseny.

Por aquel Foro rojo, no en Vía Sacra, sino en arroyo ensangrentado, desfilaban las legiones de desarraigados internacionales a los sonos lúgubres del himno marxista.

Sólo una nota de permanencia valenciana: las palomas blancas de la fachada y de las torres del Ayuntamiento, que vuelan sobre la plaza, sin mancharse nunca, inmaculadas.

SCHOTIS INTERNACIONAL

Los rojos de Valencia no han dejado nunca, ni en los días más trágicos de la ciudad, de ser aficionados a la música. Las notas de «La Internacional», los coros de «La Guardia Roja» y de «Los Hijos del Pueblo», eran el recreo de los revolucionarios, grandes y chicos, aquéllos en sus desfiles y éstos en sus juegos callejeros. Música de importación, traída de Rusia, en el fondo de una bodega cargada de azúcar y de ametralladoras. Las niñas de la vecindad popular, en las callejas y plazoletas de la Valencia vieja, seguían las andanzas urbanas de los arcaicos manubrios que repetían una y mil veces el himno oficial del marxismo. Por cierto que las pequeñas valencianas han descubierto que «La Internacional» se puede bailar como schotis, y muy graciosa y chulamente se instruyen unas a otras diciendo:

—Ya sabes: dos pasos a un lado, dos a otro, y vuelta.

¡Si don Carlos Marx (como dijo allí alguien) lo vieses!

«CABEZA DE PLATA»

Uno de los criminales más activos de Valencia es un inválido de una de nuestras guerras marroquíes. Tiene una parte del cráneo sustituida por una lámina de plata.

La ciencia médica nos podría aclarar si el cerebro de ese hombre quedó también afectado con la operación craneana que en su día se le practicó, y si esa lesión cerebral, adormecida durante años, ha hecho ahora su aparición al olor de la sangre derramada por los marxistas.

Lo cierto es que este individuo, con su banda, ha sido el más abundante ejecutor de sacerdotes rurales, propietarios y elementos de orden.

Conduciendo un camión, el «Cabeza de plata» llegaba a un pueblo y preguntaba al Comité Ejecutivo Popular:

—¿Os estorba alguien en este pueblo? Traedlo y lo «picaremos». (El verbo matar o asesinar ha sido sustituido por este otro de «picar», con una hipocresía de lenguaje.)

Si el Comité vacilaba, insistía:

—En este pueblo seguramente hay muchos fascistas y carcas. Lo menos diez han de venir conmigo.

Finalmente, el Comité accedía, en unos pueblos con más entusiasmo que en otros, y el monstruo mar-

chaba muy contento si conseguía cargar el camión con pobres víctimas.

Pasados algunos kilómetros desde el pueblo, la «carga» era «despachada» en plena carretera, y a lo largo de ella quedaban los «bultos», que así se denominan en el infernal lenguaje de los marxistas de Valencia los cadáveres de nuestros mártires.

Lo que irritaba a la fiera, hasta la desesperación, eran los casos frecuentes de víctimas que en el momento de ser ejecutadas daban vítores a España o a la Religión.

—Esos fascistas son unos... (aquí terribles injurias contra sus sacrificados): tienen aún la osadía de insultarnos con sus vivas.

Los ojos de «Cabeza de plata» se salían de sus órbitas en un gesto patológico, de paranoico.

¡AZÚCAR!

De muchas maneras se ha denominado a nuestra España. Se la llama la liberada, la nacional, la tradicional, la blanca, la azul, la España de Franco; y desde el otro lado la llaman la rebelde, la fascista, la facciosa, etc.

Nosotros, por primera vez, la vamos a llamar: la España dulce, en recuerdo de la privación de azúcar que sufrimos en Valencia. ¡Maldita casualidad que la producción azucarera estuviese en poder de los rebeldes y que los «deales» de Levante, tan golosos, tuviesen que pasar por el café amargo y privarse del chocolate y de los pasteles!

Se utilizó la miel como sustitutivo, aquella «mèl de romero» que se vende en el Mercado en latas petroleras y en jarritas amarillas. Pero se terminó pronto, y como no era cosa de esperar las nuevas producciones de las laboriosas abejas, que también deben estar revueltas por las montañas, se comenzó a importar azúcar del extranjero.

¡Azúcar ruso! Se vendía en pequeñas cantidades, por cuartos de kilo, y para su adquisición se formaban grandes colas en las puertas de las tiendas para serpentear por toda la calle y aun rodeando la manzana. Había quien acaparaba más de un cuarto, y formando toda la familia en la cola, se llegaba posiblemente al kilo o a los dos kilos.

¡Qué amargo nos sabía a los patriotas aquel azúcar ruso, cuyas excelencias elogiaban los rojos! Acíbar y retama era en nuestros labios y en nuestro paladar. Cuando la miel serrana se consumió, preferíamos el café con su sabor natural, sin endulzamientos que nos repugnaban.

Y ya que hablamos de dulcerías ingratas, recordaremos las de la cárcel, pues, ¿por qué lo hemos de negar?, también tuvimos nuestras golosinas, que nos proporcionaba la cantina o economato y que llegaban a nuestra incomunicación por mano de un hombre bueno. Sí, golosinas; tres; que eran: churros untados de miel con el desayuno, carne de membrillo y chocolate de Torrente para las meriendas.

Todas las mañanas entraba en los patios el vendedor de churros, y su grito de «¡Eh, el churrero» seguía al toque de diana, comunicándonos unos momentos de optimismo mañanero. Eran aquellos churros de buena pasta y bien frita y venían envueltos en un trozo de periódico, que en más de una ocasión fué nuestra única comunicación con el exterior. En un pedazo de diario, impregnado de tinta y miel, hemos leído en la celda las noticias más trascendentales. Así nos informamos un día de que el Rey de Inglaterra y Emperador de la India abandonaba tan elevados tronos; así, por medio de aquel pedacito de papel, que se utilizaba para que los dedos del carcelero no se manchasen al traernos los buñuelos, o al revés, que también podía ser.

Otra golosina, ya lo hemos dicho, que podíamos comprar dentro de la cárcel y que rompía nuestra incomunicación gastronómica, era la carne de membrillo. Llegó a la mitad del valenciano otoño y se vendía sin endurecer todavía, tan blanda, que casi era líquida y se derramaba al comerla con la sola ayuda de las manos. Estaba riquísima y muy dulce; cuando la saboreábamos, nos entraba la preocupación de que estaría endulzada con azúcar ¡ruso! y casi lamentábamos que no tuviese la aspereza natural de la fruta originaria. Pero aquel pecadillo de patriotismo nos lo perdonábamos en gracia al dramatismo de nuestra personal situación.

¡Y chocolate también teníamos!, traído de la cantina por el bondadoso carcelero. Chocolate de Torrente; ya se sabe: barritas envueltas en papel blanco, con fórmula aprobada por las autoridades sanitarias, como siempre, con sus dos incisiones que marcan los tres bollos iguales.

Por cierto que, en ese chocolate torrentino, apreciamos un día desde nuestro encierro los primeros progresos de colectivismo o de cooperativismo de la Valencia roja. La envoltura de las barras, en la cual estaba impreso antes el nombre y apellidos de un respetable fabricante, sufrió una trascendental modificación; desapareció todo rastro de aquél y se sustituyó por esta leyenda: «Cooperativa de Fabricantes de Chocolate de Torrente»; y a un lado y otro estos anagramas: C. N. T. y A. I. T., o sea: Confederación Nacional del Trabajo y Asociación Internacional de Trabaja-

dores. Un poco más, y la Sociedad de Naciones pone también su garantía sobre el modesto y rudimentario producto torrentino.

¿Resultado de tal elevación de categoría? Las barras de aquel chocolate habían adelgazado considerablemente, acercándose al grueso de un lápiz, y en la composición «Fórmula aprobada, etc.», la modesta proporción de arena que sospechamos contiene siempre este producto, aumentó en tales proporciones, que al comerlo crujían los dientes como si se tratase de una almeja recién sacada del fondo de una playa. Pero, a la vista, el espejo de los cristales de la arena sustituía al del azúcar.

Si estas transformaciones técnicas se han generalizado en la Valencia roja, nos esperan, a nuestro regreso, grandes sorpresas.

LA LECCIÓN DE SAN MARTÍN

A pesar del inicuo e infame incendio de la iglesia de San Martín, allí, en la hornacina de la fachada principal, queda la ecuestre escultura del Santo cortando su capa para que se abrigue el pobre que le exhibe su indigencia. Con su espadita caritativa, el noble obispo de Tours, montado en su redondo caballito, ha presenciado el marchar tumultuoso de los grupos incendiarios, el desfile de los internacionales y también de los nacionales con los brazos en alto y los puños amenazadores. Todo lo ha visto el santo caballista desde su palco, y todo nos lo contará cuando volvamos a Valencia, verídicamente, sin falseamientos. Le preguntaremos por todo, por sus inquietudes, por los peligros que ha corrido, por sus temores en los días terribles, incendiarios y destructores.

¡Cuántas cosas podrá contarnos el Santo cuando de nuevo nos enfrentemos con él y le interroguemos humildemente, devotamente.

Pero una pregunta se precipitará sobre todas: San Martín, noble y caritativo, ¿a cuántos de esos que pregonan su amor al pobre para justificar su explotación, has visto que imitasen tu famoso gesto y que cortasen su capa o su abrigo para cubrir al necesitado?

Veremos lo que nos contesta el Santo, superviviente de los feroces vandalismos que Valencia ha sufrido.

GORRAS Y GORROS

Los rojos de Valencia tocan o encubren su cabeza con varias clases de gorras: las llamadas Lenin y las denominadas Durruti, entre otras.

En un principio, estas gorras vinieron de Rusia en un cargamento heterogéneo, con otros miles de objetos y mercancías, no tan inofensivos. Pero pronto la industriosisidad de nuestros paisanos imitó la confección, y comenzaron a producirse más y más gorras y gorros, para que haya de los dos géneros: femenino y masculino.

Las Lenin son con visera, azules, aquel modelo con el que tantas veces vimos retratado al creador de la Rusia soviética, cubriendo su calva enorme en un jardín moscovita, dialogando con su mujer, con apariencias de placidez burguesa. Los rojos valencianos decoran esta gorra con un cordón sedoso que corre sobre la visera, y su color es rojo, blanco o los dos en doble línea, trenzados, según su dueño pertenezca al partido socialista, al comunista o a las juventudes.

El gorro Durruti es redondo, con solapas superpuestas y de paño caqui; quien lo usa toma un aspecto más duro y belicoso que con la gorra Lenin. Vino el nombre a este gorro de su creador, Durruti, el

«ganster» de Chicago y asesino del arzobispo Soldevila. Es el preferido de la Columna de Hierro y de los hombres del frente.

También llegaron a Valencia los típicos gorros siberianos, el «kaftán», hecho de pieles de Arkangel, Astrakán o Alaska, e igualmente se imitaron en nuestra ciudad con las de conejo de corral. Pero tenían el inconveniente de que eran muy calurosas, y en los días calientes de octubre, y aun luego, entrado el invierno, los portadores de uno de estos gorros conejeros sudaban abundantes gotas por las calles soleadas de Valencia.

No obstante, estos gorros han tenido mucha aceptación, y por eso, al preguntar una vez si había soldados rusos en Valencia, alguien respondió:

—Muchos, y además han aprendido el valenciano.

Los fabricantes valencianos están haciendo su agosto confeccionando gorras y gorros; atienden pedidos enormes procedentes de Cataluña, del frente aragonés, de Madrid. Hay un taller que fabrica mil unidades cada día, con un beneficio formidable, del cual tendrá su perceptor que darnos cuenta algún día.

A veces, en estos talleres entra una de nuestras víctimas perseguida por los rojos; tiene la ilusión, un poco ingenua, de que disfrazando su cabeza de socialista, de Lenin o de «ganster» durrutiano, no será reconocido. Se prueba una gorra de aquellas, luego otra, después un gorro; se mira en el espejo, para

finalmente renunciar a aquella farsa proyectada, que le parece humillante.

Y, decidido, resuelto y firme, vuelve a la calle como entró, afrontando la persecución; si acaso, como una transacción, ladea sobre su oreja derecha la gorrita que llevaba, adoptando un gesto pícaro, de pílete.

¡¡ESA PELUCA!!

El hecho de que una señora, por su desgracia, necesite llevar peluca porque perdió su cabello, era un motivo de persecución, confundiéndola con una monja.

Como ovejas a quienes ha sorprendido en el campo una terrible tormenta, las religiosas correteaban por la ciudad con su andar inconfundible, con sus ademanes propios, imposibles de disimular, con sus ojos hundidos, aterrados, de apagado mirar. El problema difícil era disfrazar la cabeza, con su pelo corto, de hombre. De aquí el uso frecuente de pelucas, y también las confusiones de los milicianos que se dedicaban como indios del Amazonas a la caza de las fingidas cabelleras de las religiosas.

A una señora francesa, vieja profesora e institutriz, le descubrieron su pobre y triste peluca y se la arrancaron de la cabeza, con un manotazo.

—Una monja—decía un mozalbete ostentando orgulloso aquel postizo trofeo en el cañón del fusil.

La infeliz francesa daba gritos protestando del atropello y reclamando su peluca; con las manos se cubría la cabeza monda y calva, con un gesto de pudor y vergüenza.

PANCHO VILLA

También en Valencia tuvimos una reproducción indígena del héroe mejicano. Era un huertano grande, musculoso, ventruado, cara tostada, rojiza, de arcilla de acequia.

Cubría su cabeza con un sombrero mejicano, ancho de alas, con adornos rojos, sacado seguramente de una guardarropía de teatro. Nuestro Pancho Villa dirigía una banda que actuaba en el frente de Teruel; se contaban grandes heroicidades de nuestro personaje. Cuando visitaba la ciudad, en sus descansos, se paseaba en un auto, que ocupaba casi por completo con su considerable humanidad; paraba el coche frente a un bar; sus amigos penosamente le ayudaban a descender: sus admiradores le rodeaban, y todos juntos devoraban aceitunas y latas enteras de anchoas, con abundante riego de cerveza.

Nuestro héroe cantaba los misteriosos procedimientos que los facciosos tenían para defender Teruel. Trataba con ello de justificar la ineficacia de los ataques rojos.

—¡Oh! Aquellos malditos fascistas tienen enterrados unos cañones fantásticos que cada vez están en un sitio y no hay manera de descubrirlos. ¡Granujas! Y sus aviones tiran unas bombas, ¡ché!, grandes como hombres. Pero no les valdrá de nada. El domingo que viene, caerá Teruel.

Y nuestro héroe, luego de su profecía, se limpiaba

la bocaza, mojada de cerveza, con el dorso de una mano, mientras con la otra se acariciaba el barrigón. Seladeaba el chambergo mejicano y con un cavernoso «¡Salud!» se despedía de la concurrencia, repitiendo en la puerta:

—El domingo caerá Teruel.

Quien cayó fué nuestro hombre; un balazo «faccioso» le agujereó la barriga. Se celebró su entierro solemnemente; estrellas y triángulos grandes de dalias rojas precedían el féretro enorme, rojo todo él también; milicianas con ajustados pantalones, llorosas por la muerte del héroe, le acompañaban en el último viaje. Detrás, mucha gente y una banda de música tocando la marcha fúnebre de Chopín, en lugar de «La Cucaracha», como correspondía al mejicano reproducido.

Pasó el tiempo. Teruel no caía, como deseaban cada día los rojos valencianos. ¡Qué vergüenza! Un pueblo tan pobre como aquél resistía los embates de toda una Valencia, tan fuerte y rica.

En las plazas, en las peluquerías, en todos los sitios, la impaciencia de los rojos aumentaba. Aquel domingo, plazo último que el mejicano de la Huerta dió, la ciudad de los Amantes no se rindió. Se dieron otras fechas que, ¡ay!, tampoco se cumplieron. ¡Aquello demonios de «churros»!

Los comentaristas, a veces, exclamaban entristecidos:

—Si Pancho Villa no hubiera muerto, Teruel ya hubiese caído.

BORSALINO

En la Valencia roja, cubrirse la cabeza con un sombrero de fieltro, era un delito evidente de desafección al régimen. Un ensombrerado era, sin duda, para los milicianos, un fascista. Aunque se tratase de un modestísimo sombrero de pelo de conejo.

Por eso el uso de la gorra se hizo general y absoluto en las calles; quien podía, la compraba en la tienda, nuevecita, y salía a la calle con una tranquilidad que antes le faltaba. Se ladeaba un poco a la derecha, a lo pillete, y se mejoraba aún la posición personal echando todo el vuelo de la gorra hacia la nuca y exhibiendo por delante el sujetador de la visera como una insignia. Se completaba la figura hundiendo la mano derecha en el bolsillo del pantalón de ese lado e inclinándose fuertemente el cuerpo hacia el mismo costado, al tiempo que se andaba.

Si se acertaba a rodear el cuello con un pañuelo blanco de seda, la caracterización era perfecta. El catedrático, el abogado o el ingeniero, quedaban convertidos aparentemente en chulillos de callejón o en miembros respetables de la F. A. I.

Pero hubo alguien que, por audacia o por inconsciencia, entró en una sombrerería de la calle de San Fernando, y luego de una lenta prueba, adquirió ¡¡un sombrero!!

El vendedor le sirvió asombrado. ¿Quién sería aquel personaje? Algún ministro, sin duda. Emocionado el sombrerero, envolvió en una funda de fino papel el fieltro gris elegante, elegido por aquel extraordinario comprador, y le acompañó hasta la puerta de la tienda, dedicándole dos o tres ¡salud!, por si se trataba de un espía o de un enviado.

Pero he aquí que, al llegar nuestro comprador a la acera, un grupo de milicianos se fija en él y descubre el sombrero que enfundado llevaba nuestro hombre pendiente de una mano.

—¡Un fascista!—grita uno del grupo.

—¡Se ha comprado un sombrero!—decía otro, como si se tratase de una ametralladora.

Y uno de ellos se arrojó sobre el adquiriente de la inofensiva prenda, se la arrancó de la mano y, arrojándola al suelo, la pisoteó furiosamente. Uno tras otro, todos los milicianos pusieron sus pies sobre el pobre sombrero, que ya se descubría por su envoltura rota y maltrecha.

Finalmente, un miliciano encendió su mechero e hizo una pequeña «falla» con aquello que minutos antes era un fino chambergo.

—Y ahora, váyase de aquí, «tío» fascista—dijeron al desposeído.

Nuestro hombre, inconsciente o audaz, explicaba a la gente que le miraba con lástima.

—Cuatro duros he pagado. ¡Un borsalino que era!

CONTRASTES

Los produce la alegría del cielo, el bullicio de la calle, la gritería popular, el manubrio resucitado, que alterna «La Internacional» con «María de la O». Se producen en Valencia los contrastes de todo esto con el dramatismo intenso que existe en la ciudad y del cual son víctimas silenciosamente las personas más harradas.

Todos los días, a todas las horas, se puede ver este espectáculo: En el portal de una casa hay un hombre; en su cara, de obligada palidez, se adivina el drama, intenso; le acompañan dos, tres forajidos con atuendo revolucionario, que no le conocían, que no le odiaban, pero que ahora van a ser sus verdugos porque el Comité este o el otro así lo ordena. Los sicarios son con frecuencia, o catalanes que le registran la «hermiella», o andaluces que le cecean unas injurias. La víctima palidece más al advertir un pequeño auto que espera frente al portal; la máquina es pequeña, de colores vivos, coqueta, construída en tierras muy civilizadas para usos frívolos, alegres, nunca para estos de la España bárbara, roja, empleos homicidas.

Nuestra pobre víctima, antes de cruzar la acera y de avanzar el pie hacia el estribo, vacila, pero se decide enérgicamente, sabedor de que traspone el gran vado, probablemente, que le separa de la muer-

V A L E N C I A R O J A

te. Mira a su alrededor; la calle está alegre: el manubrio, en la esquina, entona unas notas jacarandas; en un balcón lucen brillantes los tonos vivos de un geranio; los vendedores ambulantes gritan sus mercancías.

La gente va y viene por la acera y advierte el drama de aquel mártir que sube a un coche que le lleva a lo desconocido.

—Le van a «picar»—dice un transeúnte.

Lo dice sin compasión, indiferente, como quien presencia un hecho trivial.

El transeúnte cruza la calle y entra en una confitería; luego de un momento, sale con un paquete de pasteles. No se acuerda ya de lo que vió.

El coche partió. Corre ya por los extramuros de la ciudad, llevando como gloriosa presa a un espíritu...

STRAUSS EN LA F. A. I.

La música más desagradable oída en Valencia lo fué por un amigo nuestro, detenido por la F. A. I. y llevado a un círculo, retén y prisión de aquellas tres letras.

Era en una coqueta calle de la ciudad nueva, en la casa asaltada de un conocido industrial. Portal amplio, con grandes espejos, que han reflejado la tortura de miles de víctimas. Escalera señorial, de blanco mármol, con esculturas de bronce y ricas farolas. Arriba, un salón de puro gusto francés, muy «rococó», con retratos familiares de buena pintura, ovalados. Distribuidos en desorden, sillas, sillones y el sofá, todo de un buen estilo Luis XV; tapicería elegante, talla dorada, y fina rejilla. En el techo, una hermosa lámpara de cristal veneciano, toda ella alumbrada y también los apliques de las paredes sobre fondo de seda azul, finísimo, encuadrado por líneas de oro.

Todos los balcones de la casa estaban abiertos en aquella hora de la noche en que nuestro amigo fué invitado a visitarla. En la calle, varios coches traían y llevaban más convidados. ¿Quién no diría que estaban de gran fiesta en la casa del conocido industrial? Fiesta había, ciertamente, pero la organización era de cuenta de la F. A. I.

El salón estaba animado por las tertulias de milicianos que allí, sobre el sofá, recontaban una y otra

V A L E N C I A R O J A

vez unas cajas de municiones, volcando los proyectiles cuando no les salía la cuenta justa.

—Aquí faltan cinco balas—decía uno.

Pero nadie escuchaba al reclamante. Todos estaban ocupados en algo. Sobre una mesa de pies curvados, unos mozos, dos, se dedicaban a desmontar joyas robadas, separando el oro de la pedrería.

—«¡Ché, quin cudol!»—dijo uno, enseñando a los demás un magnífico brillante.

Otro llegó reclamando a gritos un piso para su novia. Le atendió un miliciano jorobado, ínfimo de talla, alterada por enorme jiba.

—No grites tanto; te daré el piso, y con muebles de lujo y todo.

El solicitante desapareció por una puerta que abría a otra estancia. Un espejo grande repitió su figura altanera. El jorobado le siguió, y también el espejo copió su horrible cuerpo.

Mientras esto ocurría, nuestro amigo esperaba con la natural inquietud el resultado de aquella visita a que se le había forzado. En el fondo de la casa discutían a gritos la suerte de aquel visitante. Funcionaron los teléfonos.

—A Paterna—era un grito.

—Al Comité de Godella—decía otro.

—Al Comisariado de Justicia—un tercero.

—Al Tribunal Popular—dijo otro; y así se acordó.

Los gritos de los deliberantes fueron ahogados por una música dulce y cadenciosa. Era el piano de la casa. Estaba junto al salón, y lo tocaba aquel mili-

ciano que a grandes voces y con autoridad había reclamado un piso para su novia. El piano era magnífico y la ejecución impecable.

¿«La Internacional»? No. ¿«La Guardia roja»? Tampoco. ¿«Los Hijos del Pueblo»? Menos.

!!!«El Danubio Azul»!!!

¡Manes de Straus!: dulces praderas de Hungría; aguas mansas, encintadas de verdura; violines románticos; trenzas rubias de Marta Eggert, campesina bella, en los «films» tiernos y mimosos.

No había duda, aquello era una fiesta. En la F. A. I. estaban contentos.

Pero nuestro amigo, que ya antes de esto tenía alguna prevención a las notas pegajosas y dulzonas del «Danubio Azul», ahora, cuando las oye, sale gritando:

—¡Cambiad de río, por favor!

UNA CENA CARA

Quien en tiempos felices y de holgura se hubiese gastado treinta duros en una cena para una sola persona, hubiese sido calificado como un despilfarrador digno de censura.

Con treinta duros se pueden hacer muchas cosas, ¿no?, y hasta se puede comprar un traje de verano que acredite de elegante a quien lo vista. Y en una cena, con ciento cincuenta pésetas, en un lujoso y vistoso restaurant del más alto burguesismo, se pueden comer, beber y fumar las más ricas cosas del mundo.

Si intentáramos un recuerdo de otros tiempos y, ¡ay!, de otros lugares, podríamos organizar un menú de caviar fresco, crema Saint-Germain, langosta a la americana, pulardas de Mons, ternera gran Chateaubriand, dulces, fresas de bosque, moka imperial y buenos líquidos de viejos Burdeos y Bourgogne y Champagne y Chartreux, terminado todo por un aromático Hoyo de Monterrey.

Y tal vez, casi seguro, no habríamos agotado los treinta duros.

¿Que a qué viene esta evocación de los placeres de la mesa? Pues sirve para recordar nada más que esto: la cena que le sirvieron a nuestro amigo en un restaurant de Valencia que él hasta entonces desconocía.

Nuestro amigo recordaba bien el comedor del Ideal Room, el de Vodka, el de las Arenas, los de todos los buenos hoteles y hasta los de lugares más modestos. Lo que ignoraba es que en el Palacio de Justicia, en la mole presidida por la estatua que Vergara hizo de Carlos III, en el edificio curial y solemne, se cobijase un restaurant para las personas que, perseguidas por los rojos valencianos, daban con sus huesos en el histórico y antes justiciero edificio.

Pues sí, señor; érase una noche de noviembre del pasado año, cuando nuestro hombre, luego de visitar el domicilio de Juventudes Libertarias, instalado en un lujoso piso de la calle del Grabador Esteve, visita que ya hemos descrito, fué conducido al monumento carlino de la Glorieta, cuyo piso último ocupaba el Tribunal Popular y la Delegación de Justicia.

Eran las habitaciones del presidente de la Audiencia, y en un salón de ellas quedaba aún, como restos del antiguo mobiliario, un vergueño con incrustaciones marfileñas y figuritas de bronce; acompañaban a este mueble en su triste soledad, una cómoda butaca y una mesita de junco que desentonaba visiblemente en aquella estancia.

Allí sufrió nuestro amigo un humillante cacheo, al que otros ya habían precedido, y allí, sobre la veraniega mesa de junco, reposaba la cartera del detenido, que se le había encontrado en la chaqueta.

El hombre que recibió a nuestro amigo en aque-

lla oficina de la justicia roja, daba paseos y vueltas alrededor de la mesa, y más precisamente de la cartera, que era objeto de las más tiernas miradas.

¿Admiraría la decoración arabesca de aquella cartera, adquirida por nuestro amigo en una tienda mora de la blanca Tetuán? ¿O sería el contenido, ignorado para aquel hombre, lo que le inquietaba en sus revueltas alrededor de la mesa de junco?

Por fin, el hombre se atrevió; se acercó a la mesa, tomó en sus manos la cartera, miró los arabescos con detención, le dió una vuelta y preguntó:

—¿Llevas dinero?

—Un poco—contestó nuestro amigo.

Una sonrisa leve apareció en la cara del rojo; pero la rectificó rápidamente, y muy seriamente sacó de la cartera todo su contenido codiciado: un billete de cien pesetas y otro de cincuenta. Dejó otra vez la cartera sobre la mesa, y, acentuando la gravedad del rostro, dijo a nuestro amigo con voz solemne:

—Aquí, en cuestiones de dinero, somos muy escrupulosos.

Dobló los billetes y, siempre con gran seriedad, se los guardó en un bolsillo del pantalón.

Es natural que nuestro amigo se preguntase en qué consistían los escrúpulos de aquella gente y cuál era la lógica de aquel hombre. ¿Consistirá el escrúpulo en no comerse los billetes, o en evitar el robo de ellos por otras personas? ¡Misterio! ¡Enigma!

Lo cierto es que aquel hombre, que al recibir a nuestro amigo en aquella cárcel-salón, había estado

muy duro y severo, suavizó sus maneras y hasta le invitó a que se sentase en la antigua butaca presidencial.

—Ahora cenarás aquí y dormirás, y mañana, de día, ya dirán lo que sea. ¡Pepica!, trae una cena para este hombre.

Poco después llegó una moza robusta y guapetóna y sirvió a nuestro amigo un plato de lentejas, que no probó. Siguió otro de buena ternera con patatas, que comió el detenido, terminando la cena con unas uvas de moscatel y un vaso de vino.

Por los pasillos se oyó a Pepica, que contaba a unos milicianos:

—¡Hay que ver! ¡Dice que no le gustan las lentejas!

Cuando, terminada la cena, nuestro amigo, sentado en la butaca, fumaba un pitillo, llegaron unos mozalbetes con sendas pistolas; le invitaron con gesto canalla—hecho con chasquidos de lengua y guiños de ojo—a que les siguiese; le acosaron con las armas, que golpearon su espalda, le amarraron las muñecas con finas y brillantes esposas y, finalmente, le hicieron subir a un auto con otra víctima.

El «paseo» que nuestro amigo sufrió no tuvo lamentables consecuencias, como fué de temer por las preparaciones. Una hora después ya estaba en una celda de la Cárcel Modelo, en aquella hora avanzada de la noche; reconoció la habitación con una cerilla; luego se echó sobre el camastro de hierro que después, durante tanto tiempo, había de ser su cama.

¡Qué ansiedad, qué confusión llenaban el espíritu

del prisionero! ¿Estaba salvado? ¿Lo matarían aquella misma noche? Parece que no; parece que sí. ¿Cómo dormir? ¿Sería mejor estar despierto, por si acaso? Fumaría, ya que todavía le quedaban cerillas y pitillos.

Así una hora y otra y otra, hasta el agotamiento; hasta que llegó la luz del nuevo día, y con ella el sueño.

Pero hay que contar también que, en ocasiones, nuestro preso recordaba la cena en el Palacio de Justicia con la cual se inició la noche, como tampoco olvidaba los treinta duros que le costó, y hasta pensó, con un humor sorprendente, cómo se podrían denominar aquellas comidas. Por fin dió con el nombre; se podrían llamar: cenas «Frente Popular».

ENTRADAS EN LA CÁRCEL

En la Cárcel Modelo de Valencia—y el caso puede extenderse a todas las prisiones rojas—se entra bien o se entra mal, y también se sale mal o se sale bien. Aclaremos.

Una noche llega a las puertas de la cárcel un coche; viene ocupado por uno o dos detenidos; le acompañan sus apresadores con pistolas en la mano, armas a veces aún calientes de algún asesinato. El auto se ha llenado, y aun relleno, de estos monstruos, y si faltaban pocos, aún ocupan otro coche de «control», palabra que es muletilla aplicada en la España roja a tantos usos y objetos.

—A ver, que venga el coche-control—dicen los mozos malcarados, patilludos y decorados de rojas estrellas, que dirigen la expedición.

El cortejo se forma. El coche de los detenidos va delante abriendo marcha; dentro van las víctimas, caras nobles y limpias, sujetas las muñecas por unas esposas crueles, que antes eran infamante instrumento y ahora se honran con sus apresamientos.

Los dos coches, cerca uno del otro, desembocan en la red de caminos suburbanos, camino de Tránsitos, Orilla del Río, carreteras de Liria, o de Sagunto, o de Cuarte. Se cruza un primer pueblo, silencioso, mudo en las horas de la noche. Oscuridad; sólo unos puntos brillan a ras de tierra en las callejas rurales: ojos

de gato que escapa asustado o presagiador como en un cuento de Poe.

Luego del primero, un segundo pueblo huertano; los focos de los coches blanquean con su luz los muros enjalbegados de las casas. A veces, las ruedas del auto siguen sin vacilar los carriles de un tranvía o brincan en un paso a nivel.

Otro pueblo, otro camino. En el coche delantero las víctimas piden a lo Alto una abreviación de esta tortura, de este «paseo»; la oración incontinida en el espíritu es ya movimiento agitado de los labios; las manos, sujetas y esposadas, se oprimen en nerviosas contracciones digitales. Media hora más de caminos y de cruzar pueblos dormidos, y el espíritu, olvidado ya de todo lo humano, sereno y dulce, cree llegado el momento de su liberación; pronto el gran enigma se ventilará; se abrirá una puerta, surgirá lo irrevelado, el gran encuentro con Dios. Religiosidad o curiosidad desembocan como una flecha que asciende libre...

Y, de repente, nuestras víctimas ven el edificio de la cárcel, agujereado por mil ventanas. ¡Qué alegría la vista de la cárcel! ¿Quiere esto decir que la Muerte se aleja? Tal vez. Los detenidos descienden del coche, ayudados, porque las esposas de fino acero no consienten el uso de las manos para salir del fondo del auto.

Umbrales de la cárcel. El rastrillo. Primer frío de la prisión; bóvedas altas; la primera reja, los primeros hierros, el primer ruido de cerrojos, el primer

manejo de llaves, todo lo que luego nos será tan conocido, hiere nuestros sentidos sin temor alguno, como un previsto cumplimiento de nuestros deberes, de nuestro pequeño sacrificio por nuestra Patria, por nuestro Dios.

El ingreso en la cárcel, que parecía una solución luego del torturador «paseo», se convierte de nuevo en un terrible interrogante; se forma un corrillo de milicianos que cuchichean mirando de soslayo a los detenidos; uno de aquéllos, de mirada torva, guiña un ojo canallescamente a su compañero, que se palpa el pistolón pendiente de la cintura.

Los detenidos, dos, cruzan unas palabras entre sí; muy bajo se dicen:

—¿Nos matarán?

—Creo que sí; pero tal vez...

La escena inquietante la corta el oficial de guardia, preguntando entre aburrido y malhumorado:

—A éstos ¿los registro, «o qué»?

Uno, dos, tres, cuatro segundos. ¿Cómo se resolverá la duda de aquel «o qué»?

Otro segundo, otro, otro, y luego:

—Sí, puedes registrarlos—dice el miliciano de la mirada torva. Su compañero retira la mano de la pistola y, rascándose la cabeza por bajo la gorra Lenin, se retira, desilusionado.

El oficial de la cárcel inscribe en el libro-registro los nombres de los detenidos. Estos han entrado bien en la cárcel.

Otras víctimas no tienen esta suerte. Luego de entrar en la cárcel, reunidos con otros vuelven a salir para ser sacrificados en Paterna, o en algún camino si los sicarios tienen prisa porque otros «trabajos» les esperan, o porque han de ir al «music-hall» canalla de la calle de las Barcas.

Se entra bien o se entra mal en la cárcel de Valencia.

QUE SE SEPA

En la Cárcel Modelo de Valencia hay un excelente cocinero; no le conocemos personalmente, pero cuando volvamos a nuestra ciudad le invitaremos para que nos confeccione una paella con buenas carnes de pollo, con mariscos frescos y con caracoles de la sierra.

Ese cocinero, con unas inverosímiles piltrafas de carne y unas longanizas de sebo, elaboraba unas paellas monumentales por su tamaño y excelentes por la condimentación del arroz.

Los días en que este plato forma el rancho, por las galerías celulares y por los patios rebota esta palabra, alegremente:

—¡Paella! ¡Paella! ¡Paella!

CONSOLACION

En la cárcel de Valencia hay una pequeña biblioteca formada por donaciones, especialmente procedentes de editoriales católicas. Libros de viajes, de Verne, de Salgari, una excursión por Italia y Suiza de Federico Santander, libros blancos en cuyas páginas lectores delincuentes han estampado en otros tiempos obscenidades o comentarios. Así, el «Chato» y el «Sevilla» y otros ilustres carteristas han dejado unas palabras y un poco de suciedad también. Pero hay un libro limpio todavía, que se llama «Víctimas y verdugos (Escenas de la Revolución francesa)», editado por el Apostolado de la Prensa. Novela ultracatólica, monarquista, muy triste y sentimental; la historia de un aristócrata francés y de su familia, perseguidos, encarcelados por los hombres de la Revolución francesa. En cada página el autor llama cochinos y asesinos a los republicanos aquellos, tan parecidos a los de ahora; cada capítulo es un retrato de escenas de crueldad, ocurridas ahora también.

Ese libro es solicitadísimo por los presos de Valencia, y un carcelero lo trae y lo lleva de una celda a otra, sin darse cuenta nunca de su contenido antirrevolucionario «enragé». Él, con su gran estrella roja en el pecho y su pistola al cinto, sirve diligentemente aquella novela, que para nuestros presos es un consuelo, porque el autor resuelve satisfactoriamente

todos los sufrimientos de la familia dispersada y perseguida por los revolucionarios franceses. La confianza en el poder de Dios es el camino de la salvación de aquellas pobres víctimas. La novela termina con esta frase, estampada en grandes caracteres: «La providencia de Dios no abandona jamás a los que en ella confían.»

Un día el carcelero de la estrella roja, intrigado por la gran petición que de esta novela se hacía por los presos, preguntó a uno de ellos:

—¿De qué trata este libro?

—Pues ya lo ve usted—contestó el preso enseñándole el subtítulo (Escenas de la Revolución francesa)—. De la Revolución...

—¡Ah!—contestó el carcelero, tranquilizándose.

NARANJAS

Muy pronto entraron en la cárcel las naranjas de la cosecha nueva. Era en noviembre. Estaban arrancadas del árbol hacía muy pocas horas, y venían decoradas con sus hojas muy verdes y el tallo fresco. ¡Qué alegría para la vista! Eran grandes, como nunca vimos en nuestras mesas, jugosas y aromáticas. En la celda constituían una nota alegre de color, que compensaba, como un alivio, otras cosas antipáticas. Por 30 céntimos se compraba un kilo de aquella fruta hermosa, y nuestros presos las comían a todas horas, abundantemente; sin ayuda de cuchillo ni de instrumento alguno cortante, como en los lejanos, ¡ay!, tiempos de la infancia; se mordisqueaban, se abrían con los dedos, y el zumo triunfaba por la cara y por los brazos ¡hasta los codos! ¡Qué placer!

Había un preso que con las naranjas y sus tallos, ligándolos unos a otros con un hilo bramante, formaba dos o tres racimos. La cara joven del recluso se ocultaba bajo la maraña de unas barbas horribles, producidas por la larga incomunicación, que le daban un aspecto de anarquista del siglo XIX; su única distracción en su celda era hacer y deshacer, una y cien veces, sus ramos de naranjas, que nunca le parecían bastante bellos y simétricos.

El gran Pinazo hubiese podido pintar un lienzo titulado: «El oso y las naranjas».

LOS GATOS DE LA CARCEL

En la Cárcel Modelo de Valencia hay una gran abundancia de gatos. Están gruesos, orondos y corren pesadamente por las galerías y patios. Los hay grises, cárdenos, berrendos en negro y negros del todo.

Una población tan numerosa como la actual, ochocientos reclusos alrededor, produce, naturalmente, tal cantidad de desperdicios, que bien podrían alimentarse con ellos todos los felinos de la ciudad.

Si en España estuviesen bien organizadas las cárceles, cada preso podría cuidarse en su celda de la crianza de un gato, y si éstos eran de buena raza, persas o de Angola, la administración penitenciaria podría tener con ellos un saneado negocio.

Lo cierto es que en la cárcel de Valencia hay una gran abundancia de bien cebados gatos, que tal vez, ¡oh sospecha!, son la reserva alimenticia de los rojos para esta época de carestía.

Pero en nuestros tiempos los gatos carcelarios estaban todavía allí, por las galerías y los patios, alegrando el cuadro triste con sus retozos y maullidos.

En la alta noche, en los desvelos terribles de nuestros presos, temerosos siempre de un paso, de un taconeo que se iniciaba en una galería y que podía detenerse ante nuestra celda, de un sonar de llaves que

V A L E N C I A R O J A

estremece, ¡oh, la compañía de los gatos con sus grescas, sus peleas, sus maullidos retozones y amorosos!

Ellos, los felices y alegres felinos, no sabían lo que en la cárcel ocurría en aquellas horas, que sólo a sus juegos se debían reservar. Cuando el drama, la Muerte, como una intrusa de Maeterlinck, visitaba la cárcel, aprovechando la nocturnidad, los gatos cesaban en sus juegos y en sus carreras, tal vez porque sus ojos penetrantes descubrían el alma de los asesinos y sus negruras.

Por esto la alegría de los gatos, su maullar apasionado en las horas nocturnas, sus juegos locos, constituían una tranquilidad para nuestros presos.

¿Los gatos estaban contentos? Si era así, nuestras víctimas cerraban los ojos y llamaban al sueño, para anegarse en lo desconocido, reparador.

¡Nuestro homenaje para esos animalitos de la cárcel Modelo de Valencia! ¡Nuestro agradecimiento! Nos acordaremos siempre de ellos. Y les premiaremos a nuestro regreso, ¡si viven!

LA SIRENA EN LA CELDA

A las nueve de la noche, y sin prórrogas ni dilaciones, fueron apagadas todas las luces de la cárcel; ordinariamente el alumbrado se difiere hasta la media y aun, en ocasiones, hasta las diez.

Acostados en el camastro de hierro, torturador de nuestro cuerpo, todas las noches esperábamos la extinción de la bombilla que, fija en el techo, alumbraba la celda. Una vez más, pasamos revista a los desconchados de los muros, a los dibujos grotescos que se producen en la pared enjalbegada al desprenderse placas de la cal. Éste parece un grueso y panzudo hombre con una fenomenal chistera; aquél, un caballo; esotro, una mariposa.

Y por milésima vez leemos, sin desearlo, las tarjetas que otros presos anteriores, antiguos y vulgarísimos ocupantes de la celda, han dejado escritas en las paredes: «Antonio Peris entró aquí el día 8 de enero por un «morrón de bicicleta», dice esta inscripción, echando por delante el carácter involuntario de su culpa. «José Sevilla, 8-IV-1936», dice otra con una sequedad adusta que nos hace pensar en graves responsabilidades. Una observación: hay muchas inscripciones haciendo constar la fecha de ingreso de los reclusos, y no hay una sola en la que figure el día de la salida, que llega siempre inesperadamente y sin dejar tiempo ni ganas para escribir en las paredes.

V A L E N C I A R O J A

Nosotros carecimos siempre de esta pequeña concesión; no se permitió que tuviésemos un lápiz, y el «Faber» que llevábamos al ser detenidos, lo perdimos en el registro de ingreso que nos hicieron los oficiales de la cárcel. Al repasar nuestras ropas cayó al suelo el lápiz, y el funcionario se apoderó de él precipitadamente, alarmado por no haberse dado cuenta antes de que éramos propietarios de tan terrible instrumento.

—Está prohibido por el reglamento—nos dijo—. Cuando le den la libertad, podrá reclamarlo.

Y se lo llevó casi ceremonialmente a la Administración.

Por esto, y más que por esto, porque siempre nos pareció una fea costumbre de algunas gentes, no pudimos escribir nada en las paredes. Solamente alguna vez necesitamos fijar una fecha o una cifra; no teníamos papel ni lápiz, y nos concedimos este pequeño abuso de escribir en la pared de la celda con la punta de un clavo que pudimos arrancar de un muro.

Mirábamos la luz y los desconchados y las escrituras de los muros, cuando aquélla se apagó tempranera, al mismo tiempo que en la ciudad comenzaron a sonar las sirenas, inquietas, incesantes.

Parecían el quejido lastimero de unas fieras heridas en un bosque próximo.

—Uh, uh, uh, uh... uh... uh...

Dimos un salto, nos pusimos de pie; encendimos una cerilla y vimos la hora: eran las nueve. El trozo

de cielo que encuadraba el ventanuco de la celda, estaba blanco de luz lunar. Era el plenilunio de diciembre. Buscábamos y rebuscábamos en el recuadro celeste que podíamos ver, el motivo de la alarma, la amenaza que de aquel modo desesperado hacía rugir a las sirenas, y nada veíamos que justificase su desesperación.

—Uh, uh, uh, uh... uh... uh...

Encendimos otra cerilla y comprobamos la hora; había pasado un cuarto. Nuestro corazón latía desordenadamente. ¿Qué estaría ocurriendo en la ciudad, bañada de plata, alumbrada rabiosamente por la luna? ¿Serían nuestros aviones que por vez primera visitaban la ciudad roja y ensangrentada?

Ochocientos corazones encerrados en las celdas palpitan con una misma ansiedad: ¿Qué estaría ocurriendo en Valencia?

Nunca como en aquella noche de gran luz en el cielo, se oscureció tanto nuestro espíritu, y nunca necesitamos tanto la libertad. Nos ahogaba la estrechez de la celda, nos oprimía la puerta dura y cruel. Ingenualmente empujamos contra aquel muro de recia madera y de fuertes clavos que nos separaba del mundo; nuestros puños lo golpeaban desesperadamente, inútilmente...

La fiera seguía sin cesar:

—Uh, uh, uh, uh... uh... uh...

Y cuando parecía extinguirse suavemente, insistía con más coraje:

—Uh, uh, uh, uh... uh... uh...

¡Qué horrible inquietud! ¿Qué habría ocurrido en la ciudad? ¿Qué habría sucedido a los nuestros? ¿Qué cara de espanto harían nuestros hijos, que en aquella hora ya estarían durmiendo? ¿Habrían sido despertados y trasladados a un sitio seguro, rápidamente, precipitadamente? ¿Se habrían salvado?

Y mañana, ¿qué ocurrirá aquí en la cárcel? ¿Se producirán represalias, cuadros de horror, asesinatos, como en otras ciudades?

¡Qué ansiedad! Sin embargo, ¡qué silencio! Ni ruido de motores, ni explosiones. Silencio en el cielo, cada vez más brillante; silencio en la cárcel.

Y las sirenas, sin cansancio, repetían sus rugidos de fiera herida.

Otra cerilla, y nueva consulta al reloj. Eran las nueve y media.

Nos tranquilizamos; ahora eran serenas oraciones las que salían de nuestro corazón y de nuestros labios, cálidas preces pidiendo para que la Providencia guardase de daño a los nuestros, para que a nosotros también nos cubriese con su protección.

Si la puerta carcelera no se abrió, en nuestro espíritu quedó abierta la esperanza en Dios, firmemente.

Y así, cuando la sirena cesó en sus rugidos, volvimos a nuestro camastro y pronto nos entregamos al sueño.

Al despertarnos la mañana, reanudamos nuestra inquietud, y cuando el rancho nos trajo la imitación

de café que nos distribuía como desayuno, le interrogamos rápidamente.

—Fué una falsa alarma—nos dijo—; los aviones fascistas bombardearon el puerto de Alicante y se creyó que venían a Valencia. Eso fué todo.

¡Cómo latió nuestro corazón de alegría! Nada, no había ocurrido nada. Mis pequeñines estaban bien, seguramente. ¡Qué alegría!

Si el rancho no nos hubiese cerrado rápidamente la puerta, le hubiésemos obsequiado con un abrazo.

CARCELERAS

En los últimos tiempos se ha empleado una fórmula, de procedencia nórdica, para fijar el espíritu de los hombres ante una contrariedad o en la realización de un esfuerzo; esta fórmula se expresa así: «Espíritu deportivo»; que, en esencia, no quiere decir otra cosa que fortaleza de alma, ánimo seguro y firme, espolvoreado todo con un poco de humor, y sobre todo con una alegría que tanto se refiere al espíritu como al cuerpo, que se cuidan, el primero, con el optimismo, y el segundo, con el aseo.

Creemos así interpretar en su interno sentido esa frase, que ciertamente no nos desagrada.

No cabe duda de que en las cárceles valencianas existía ese espíritu que, saliendo del terreno de los deportes, trata de convertir toda la vida humana en un juego, en el que unas veces se gana y otras se pierde, pero que siempre hay que realizar conservando el ánimo y la nobleza.

Y lo hemos visto con nuestros ojos; centenares y centenares de presos viven encerrados por los muros de la Cárcel Modelo de Valencia con una serenidad que ponían a prueba diariamente los asesinatos frecuentes y el ambiente de terror que se colaba en la prisión como un frío de muerte.

Nuestros hombres paseaban por los patios soleados con el gesto gallardo y entero de quien, vencido materialmente, tiene toda la superioridad moral sobre el esclavizador. Formando corrillos, se hablaba de la guerra y de las operaciones con un optimismo sereno, y de las persecuciones de los rojos con una fría indiferencia, como si no fuese de su interés. ¡Espíritu deportivo!

En aquel patio, que tiene en el centro unos incipientes macizos de flores y una taza de cemento con un surtidor de agua y una palmera baja y ancha, se reunían bastantes presos para comentar la noticia del día, el ingreso de una nueva víctima o la salida, inquietante siempre, de otra.

—Salió Fulano, ¿sabéis? Creo que salió bien. (Querían decir que no le asesinaron al libertarle.)

—¿Y Zutano?

—Anoche...—contestaba otro—cuando volvía a Valencia. (Elisión de palabras con la que se aludía a un crimen cometido con un preso.)

¿Quién diría que aquellos caballeros estaban encarcelados? ¿Que muchos habían perdido para siempre a seres queridos o estaban amenazados de no verlos nunca ya? Animo sereno, magnífico.

Allí, junto a la palmera de ramas amplias y caídas, ocultándonos con ellas de unos fotógrafos que desde las garitas de los muros querían enfocar nuestro grupo para exhibirnos en los periódicos rojos, allí tuvimos, al salir de la celda luego de una larga incomunicación, el placer de que nuestra palabra, tan-

to tiempo contenida, brincase y saltase en frases humanísimas, de cordialidad, de amistad caliente con aquellos hombres, conocidos unos y estimados, nuevos otros para el afecto que nacía fulminante y rápido de nuestro corazón.

¡Amistades de cárcel, nuevas, generosas, que perdurarán siempre!

¡Amistades viejas, confirmadas ante el rancho común, al compartir una celda y al repartirnos una inquietud y un anhelo!

No volveremos a ver a algunos de aquellos amigos que en una tarde de diciembre nos abrazaron en el patio soleado, estruendoso con los gritos de los jugadores de pelota. Para siempre quedamos despedidos del abogado Meléndez, cristianísimo, que conllevaba la prisión con humildad en el gesto y serenidad en la mirada tranquila; y del propietario progresivo, plantador de jardines frutales, organizador de toda clase de actividades agrícolas; y del comerciante; y del pobre sacerdote que no conseguía disimular su condición, con su rastro de tonsura, con sus manos superpuestas beatamente.

Cuando en la peluquería de la cárcel, ante el espejo de marco dorado como de un salón antiguo, nos segaba un hábil barbero las barbas selváticas crecidas en la incomunicación, nos visitaron varios presos amigos y sus abrazos nos apretaban sobre el sillón de

rejilla—con brazos—en el cual reposábamos del martirio de la celda, disfrutando de esta nueva y asombrosa comodidad. A cada abrazo que recibíamos, el peluquero suspendía su tarea y elevaba en alto las tijeras con las que reducía nuestra velloidad facial, como preparación para el jabón y la navaja. Liquidada cada expansión cordial, el peluquero reanudaba su corte afanoso, y en el espejo deslucido y manchado advertíamos gozosos los avances de su tarea.

Los clientes eran abundantes; dos peluqueros afeitaban rapidísimos a los parroquianos que allí, en aquel lugar, sin guardias ni vigilantes, parecían estar en la peluquería de un casino o de una ciudad tranquila. Pero...

—¿Has declarado ya?—preguntaba uno a otro.

—Yo no, y no tengo muchas ganas. No me vaya a ocurrir lo que a Fulano. ¿Sabes?, al día siguiente...

Entonces nos dábamos cuenta de en qué clase de peluquería estábamos.

«Caballeros y damas de España» es ya la gran asociación de los que ahora han sufrido prisión por Dios y por la Patria. Será el foco donde calentaremos nuestro corazón en las brasas de la amistad de cárcel, y juntos rezaremos por los que murieron, por los que nos ganaron en sacrificio. Preferidos por el monstruo, más lo han de ser por nuestro corazón.

EL ABOGADO-POETA

Recuerdo emocionado, de alma agradecida, para el mártir Zapater Esteve, el abogado-poeta, que en la Cárcel Modelo de Valencia ejercía, como un alivio de su prisión, un cargo, en la biblioteca, de administrador de una colección de libros regalados en otros tiempos por las editoriales españolas. Libros blancos, de aventuras, viajes de Verne, exotismos de Salgari.

Cuando llevaba pocos días incomunicado en la celda, tú, Zapater Esteve, me enviaste unas palabras de consuelo. El conductor fué aquel ranchero grande y sanote que tomó este oficio en su juventud cuando terminó el servicio militar y decidió continuar en él toda su vida.

—Un preso que dice fué amigo de su padre, me encarga le diga a usted que esté tranquilo: se llama Zapater...

«¿Qué emoción la que aquellas palabras me produjeron, con la evocación de mi padre! ¡Él, su amor, se acercaban a mí; no había duda; mi padre me protegía y su espíritu me envolvía, protector, amoroso! Que estuviese tranquilo me ordenaba mi padre, y tú, Zapater Esteve, eras el vehículo, la palabra conductora de la voluntad paterna, tutelar...

Otro día, mejor dicho una noche, yo me arrojé en el camastro sin cenar. Comenzaban a escasear los ví-

veres en la ciudad, repleta ya de forasteros, refugiados de Madrid y de Andalucía; el rancho—cebolla y judías negras—no pude sustituirlo por comida alguna de la cantina, ya agotada. Me resigné a no comer nada, cuando tú, Zapater Esteve, como si conocieses mi pequeño incidente, sólo de efectos morales, me enviaste un paquetito con succulentos fiambres y frías croquetas caseras, todo envuelto en papel limpio, blanquísimo. ¡Qué alegría!

Y el rancho, al abrir la celda y arrojar a mis pies el envío, me repitió:

—De parte de Zapater, el «amic de son pare»...

¡Mi padre, una vez más, ayudándome, acompañándome, velando por mí! ¡Y tú, Zapater Esteve, tantos años olvidado por mí, extraviado en mi memoria, desde los tiempos en que en «Lo Rat-Penat» organizábamos veladas literarias!

Y una tercera vez, el abogado-poeta, siempre con la misma evocación, rompió la incomunicación cruel e inhumana. Un libro, infringiendo reglamentos, llegó a mí; me lo enviaste desde aquella biblioteca carcelaria que servías facilitándote de este modo la vida en aquella prisión. Era un libro cristianísimo, novela de una familia aristocrática, sufriendo los horrores de la Revolución francesa y que se salva porque cree en Dios. «La Providencia divina no abandona jamás a los que en ella confían» (el libro termina con estas palabras).

¡Qué hermoso envío me hiciste, consolador amigo, con estas maravillosas palabras! Yo fiaba fuertemen-

te en Dios y en su protección, pero aquella frase final del libro me pareció llegaba desde muy lejos para consolar mis sentimientos. Lejanía donde residen los espíritus protectores y cuyas voluntades mueven materias y mundos. Zapater Esteve, próximo a mí, cumplía llamadas y requerimientos del otro lado, remoto; por eso sus generosidades y consuelos los envolvía siempre con la evocación más impresionante para mí.

Cuando el Tribunal Popular acordó levantarme la incomunicación, cuando al salir de la celda me encontré abrazado por tantos amigos que dentro de la cárcel seguían absortos el largo calendario de mi aislamiento, lo primero que hice fué preguntar por ti, Zapater Esteve; quería estrecharte contra mí, corazón con corazón, para que nuestros espíritus, unidos y rápidos como flechas, alcanzasen la inmensidad donde residía mi protección.

Pregunté primero al rancho, al buenazo recadero.

—Zapater salió hace ya bastantes días—me contestó—. Pero en la cara de aquel hombre, tan bueno, no se manifestó alegría alguna; más bien sus ojos se velaban por una sombra triste.

Luego supe la trágica verdad. Zapater había sido libertado, sí; pero, como sucedía con frecuencia, fué asesinado al salir de la cárcel, cuando gozoso traspone las puertas que se abrieron hacia una falsa libertad.

¡Zapater, el amigo que tres veces me había servido auxilios de misericordia, de alimento y de espíritu, vehículo de mi padre, camino de alivios y de consuelos, había sido sacrificado cuando alcanzaba ansiosamente una liberación traicionera!

Mi corazón se incendió, ardiente, en una llamarada de dolor y de rabia. Mis brazos se cruzaron en un abrazo que no oprimía el cuerpo amigo de Zapater.

Quemábanme los ojos. Por segunda vez había perdido a mi padre.

SALIDAS DE LA CÁRCEL

Lo hemos dicho ya, y lo explicaremos ahora. Se sale bien de la cárcel, o se sale mal.

La esperada palabra ¡libertad! llega para nuestras víctimas a horas y en condiciones muy distintas. Puede ocurrir a las doce de la mañana o a las ocho de la noche, lo cual es bien distinto; puede la palabra resonar por los patios como grito realmente liberador, y puede, por el contrario, arrastrarse cautelosamente por las galerías envuelta con siniestras veladuras.

Si la libertad llega en una hora brillante del día, los compañeros de cautiverio abrazan al libertado y le dicen con seguridad: «Tú sales bien.»

Nuestro preso ve por la reja de la celda un sol espléndido y un cielo muy azul, que pronto gozará libremente. Corresponde con abrazos fuertes a los compañeros que allí quedan; reparte unas propinas a los mozos y rancheros; recoge sus ropas, sus pequeñas cosas de aseo y hace con todo, envolviéndolo con una sábana, un gran fardo, que carga a sus espaldas; le han sobrado unas cajetillas de pitillos, unas golosinas y una buena cantidad de naranjas, pequeña herencia que recoge amorosamente Julio Salinas para repartirla entre los presos más necesitados.

¡Salinas! Tu hijo sí que fué bien libertado, tu hijo... Eran las tres de la mañana cuando las fieras lo arrancaron de tus brazos, en la celda donde juntos estábais encarcelados; lo libertaron para siempre, ¡tu hijo, de veintitrés años, mozo viril, indomable, marchó a la muerte como un mártir romano, dejándote unas palabras de magistral serenidad! ¡Salinas! ¡Qué felicidad recibir de ti un abrazo que antes se había formado sobre el cuerpo heroico de tu hijo!

En la puerta de la prisión, nuestros presos que «salen bien», respiran a todo pulmón el aire limpio y húmedo de la huerta, que triunfa en el paisaje con sus alfombras verdes y sus acequias de agua rojiza.

Grupos de mujeres esperan a esta hora de mediodía; forman cola para que se reciban sus cestas de comidas, sus hatillos de ropas, los pitillos, para el marido, para el hermano, para el padre, que dentro de la cárcel aguardan estos envíos como un vehículo de cariño y de amor.

Docenas y docenas de mujeres que abren los ojos sobre la puerta carcelera esperando, ¡quién sabe!, la libertad que tanto desean.

Y salen, sí, cinco, seis presos. Buscan y rebuscan con la mirada a los suyos, entre aquella masa de mujeres que les interrogan con ansiedad.

—¿De qué galería sois?

—De la primera—contesta un libertado.

—Yo estaba en la tercera—dice otro.

—Nosotros somos de la cuarta—contestan dos presos.

Una jovencita, de aspecto señorial, cierra sus ojos para contener unas lágrimas; se retira de los grupos cuando la puerta de la cárcel se cierra. Su marido está en la segunda galería, y de ésta hoy no sale ningún preso.

Y se «sale mal» de la cárcel con terrible frecuencia. Es en horas tardías, al anochecer o en plena noche; ¿para qué describir estas salidas de mentida libertad?

Hay quien sale sereno, sin que sus piernas tiemblen, sin una vacilación; otros, menos decididos, se refugian en un rincón de la celda, apretándose contra la pared fuertemente, arañando con sus uñas la cal de los muros... ¿Para qué seguir?

A esas horas de la noche, nuestros presos, desde sus celdas, oyen unos pequeños disparos, aislados, que llegan de un rincón u otro de la huerta; y cada vez que esto ocurre, se oye también el ladrido de un perro, como una protesta...

CABALLEROS DEL MAR

Felicísima para mí esta Navidad, a la que los rojos denominaban la «llamada» Navidad, que no les impedía, privilegiados, adquirir en el Mercado los llamados pavos y los llamados capones, de innegable, tangible y comestible realidad.

Mañanita de Navidad, tras la Nochebuena trascurrida peligrosamente, en refugio audaz—rinconcito en la boca del lobo mismo—; mañanita de Navidad del desayuno nervioso en la clásica chocolatería de la Cenía.

Y unas horas después, un golpe de pértiga, decisivo, que separa una lancha de la Escalera Real del puerto.

Y ¿por qué no confesarlo?, unas lágrimas de emoción; una despedida para la ciudad, nuestra madre deshonrada; para los muertos amigos, para los mártires; un recuerdo intenso para aquellos mis hijos que volvían a tener padre por milagrosa resurrección. Una mano de amigo que estrecha las mías y, porque es muy hombre, también llora. Los dos, de espaldas a los muelles, donde quedan los rojos burlados, para que no reconozcan emoción alguna.

Caballeros del mar que recogisteis en vuestro navío gris, pequeño, juguete de guerra, a un refugia-

V A L E N C I A R O J A

do: ¿Cómo agradeceremos vuestra gentileza? Senté en vuestra mesa y comí de vuestro pan y dormí en vuestro lecho. Hospitalidad sin humillaciones, albergue de señores, trato noble de caballeros. Acogedora cordialidad para quien sólo con palabras os podía corresponder. Cena de Navidad entre estos Caballeros que navegan con la elegancia de quien pisa alfombras movedizas de agua con zapatos de charol, dignos enemigos de España en la Historia, luchadores con nuestros marinos y parejos en la nobleza de los que, vencidos durante siglos, esperan la llamada nueva del destino.

¡Noche de Navidad en la que tomé parte en vuestras invocaciones a Dios, en vuestros ritos ancestrales, en vuestros juegos, en vuestras ingenuidades!

Por vosotros, Caballeros del mar, la risa resucitó en mí y mi corazón se llenó de esperanzas, con olvido de la ciudad mala y de sus horrores.

Una mañana, cuando la bruma se deshacía finalmente descubriendo las rocosidades que abren la dársena de la capital mallorquina, un Caballero del mar corrió para decirme:

—Allí, allí puede ver su bandera, allí.

Sí, sí, era ella, inconfundible. Ondeaba orgullosa sobre el castillo de Bellver, con sus dos colores, fuertes, sólidos, eternos.

Y en la cubierta del gran navío solemne, blanquísimo, que entonces me cobijaba, caí de rodillas, en

veneración de aquella bandera, que ahora era mía, además, por derecho de dolor. Una oración a Dios y un abrazo para aquel hombre cuya nobleza se había contagiado con mis emociones.

¡Caballeros del mar! ¡Amigos o enemigos ante la Historia hecha y ante la venidera! ¡Gracias!

¡ROMA!

Para un español, la llegada a Roma siempre tiene enormes emociones y satisfacciones sin cuento. El católico, el artista, el historiador, el arqueólogo, el simple curioso, corre por la Ciudad Eterna buscando el templo, el mármol, el monumento, el museo, anhelados toda la vida, y que de repente están frente a nuestro viajero como una realización extraña, alcanzada como por encanto.

Columnata solemne del Vaticano, mármoles grises de seda, maravillosos, de San Pedro; «La Piedad» de Miguel Angel; Foro Romano; la Vía Appia con sus atardeceres dorados, que tantos desfiles legionarios presenciaron; templos y más templos, los cristianos triunfantes incrustados sobre los vencidos del paganism clásico; fontanas de abundante agua, docenas, que derraman el recuerdo de los urbanismos imperiales y pontificios; obeliscos traídos del Oriente, robustos, plantados en la ciudad para proclamar la victoria de la fe cristianas; estancias de los Borgias, nuestros Papas; columnas de Trajano, nuestro emperador; cuerpo de Loyola, nuestro santo; naranjo de Santo Domingo, nuestro fundador.

Cipreses gigantes y ardientes de espíritu en las Termas de Diocleciano y en San Gregorio en Celius, encinas milenarias en las colinas empenachadas de

gloria, pinos urbanos, laureles imperiales del Palatino, columnas enhiestas, perdurables o truncadas en vencimiento secular, piedras nobles.

Y llenándolo todo de sustancia, como una niebla de oro que prende y cubre la ciudad, el espíritu cesáreo y el cristiano, enlazados aquí y allá, vencidos o vencedores, en puja secular, fraterna.

César amado que vuelve en nuestros días con sus lictores y fascios legionarios, con sus vencidos etíopes. Cristo, que en la Vía Appia detiene siempre al débil del espíritu que le pregunta: «Quo vadis?», y oye del maestro un divino deseo de ser nuevamente crucificado, para más ejemplo de los hombres.

César, Cristo. Una sola palabra: Roma.

Así era la ciudad madre, para nosotros, antes de que España descubriese en su vientre los cánceres horribles que la comían, antes de que llegásemos a las tierras italianas en busca de un refugio de paz, escapados de la hoguera de nuestro Levante rojo, tinto de sangre.

Italia fué, para nosotros, en esta visita obligada, todo un inmenso corazón acogedor y hermano, sin humillaciones, sin sentimentalismos de club trivial y escéptico. Corazón caliente, que salía a los ojos de todos los italianos al descubrir nuestra desgracia. Ellos sí que nos comprendían y premiaban nuestra gallardía al levantarnos contra comunes enemigos, poderosos y altivos. Nos premiaban con el abrazo, con el

consuelo, con el acuerdo de luchar juntos y siempre.

Y sobre todo, nos consolaban con la lección, aprendida allí, en Roma, en esa cátedra abierta para los pueblos que no se resignan a morir, para las naciones que tienen fe y esperanza en sus destinos.

Allí hemos aprendido que unos mármoles viejos, que unas columnas rotas y unas tumbas vacías, son algo más que unas «ruinas» para recreo del turista ligero o para admiración de poetas septentrionales. Que aquello que parece muerto y frío, puede transformarse en algo vivo y caliente; que entre aquella inmensa escombrera milenaria había escondida una fórmula política más fácil de comprender que un tratado de Derecho público o que un debate parlamentario.

Allí hemos aprendido que la Historia no muere nunca, que se venga de los olvidadizos y que en un momento se levanta erguida, solemne, para escribir mandatos de majestad. Y la historia de Roma sepulta, juego de arqueólogos y de monografistas, se endereza, y, por labios de un hombre excepcional, dicta: Imperio.

Pero la lección se completa lejos de los foros y de los mármoles romanos; sigue en los astilleros que lanzan al mar buques enormes que superan a los palacios de tierra firme; continúa en las centrales eléctricas, en las fabricaciones mecánicas, en las utilidades del cemento, en los aviones ultrarrápidos, en la estación aérea de Litoria, en la conquista interior de provincias ante inhabitables, en las difusiones de radio, que el mundo entero oye.

La lección prosigue en el sacrificio que se acepta sonriendo frente a unas sanciones que los poderosos acuerdan para arrancar por hambre una ilusión a todo un pueblo; lo oímos en los labios de sesenta mil soldados que en la plaza de Venecia aclaman al Duce con un solo grito, que toda Roma repite una mañana soleada de invierno; estudiamos la lección romana en sus instituciones financieras y administrativas, en su cuidadosa atención por el bienestar del obrero, en el aprovechamiento minucioso de todas las capacidades nacionales, en el entusiasmo por el trabajo, en la conformación a todas las durezas y sacrificios de hoy para que la felicidad, mañana, la conozcan los hijos o los nietos al término de una ascensión que ahora solamente comienza.

Lección brava para España, mil veces sentenciada a muerte y mil veces rediviva para nuestro pueblo, acusado de «inferior» por Salisbury y por tantos filósofos y políticos nortefios. He aquí que los inferiores, en un gigantesco desperezo, producen un Alcázar de Toledo, un Moscardó, un Andújar, un Oviedo con Aranda, unos Tercios, una Falange, una Aviación, una Marina, un Requeté, todo como un vértice insospechado de una raza redenta ya de tantas acusaciones.

Nos decía Homen Cristo a los españoles: «Atormentados en vuestros anhelos, reducidos en vuestras aspiraciones, os envolvéis de indiferencia con un gesto altivo que es muy vuestro. ¿No creéis que hay algo mejor que hacer?»

Nuestra contestación está ahí, en el dramatismo de una lucha heroica y sin igual; en la redención, por la sangre, que ya hemos conseguido; en la vida nueva que surge de tanta muerte; en el ensanche de nuestras aspiraciones, que ya no tienen límite; en la afirmación de que España tiene ya algo que hacer en el mundo; en la seguridad de que todo ya nos interesa, de que nada nos es indiferente.

Pues bien; nosotros también sabremos, como Roma, hacer de nuestras ruinas un tratado de Derecho político y una fórmula nacional. Nosotros, por obra del nuevo anhelo, de esta mística que surge de los escombros, también, como nuestra hermana, sabremos construir buques y aviones, y centrales eléctricas, y autopistas; y organizaremos industrias y escuelas nuevas. Y sabremos dar pan y alegría al pueblo, y formaremos ejércitos y escuadras, y estableceremos instituciones administrativas y financieras perfectas.

La lección, resumida, es ésta: el que quiere, puede. La aprendimos en Roma, en enero de 1937, contemplando desde el Palatino los viejos arcos imperiales, la tumba de Julio César, los mármoles históricos.

El cielo se cubría de aviones de plata en aquella hora primeriza de la mañana; campanas en la ciudad y aviones en lo alto. Una estructura de atrevida ingeniería se levantaba sobre un fondo clásico de pinos y

SALVADOR FERRANDIS LUNA

cipreses. Muy cerca, la soberbia autoestrada a Ostia, los terrenos saneados, la Estación Litoria, el gran proyecto de Exposición. Siguiendo la costa con el pensamiento, la gran base naval de Spezia, los puertos repletos de buques, los trasatlánticos-palacios...

Espléndido salto, pero lógico, natural, desde las ruinas del Foro a las esplendideces del «Rex» o del «Conte Verde».

AL MICRÓFONO!

EVOCACIONES POPULARES

FIESTAS VIEJAS

LLAMAMIENTOS

INCENDIOS, CRÍMENES. EL DÍA DE LA LIBERACIÓN

Valencianos: Pocas semanas como ésta y la próxima son tan interesantes para, desde la España nacional, hacer una evocación de nuestras tierras valencianas, tan estimadas y queridas.

Son éstos que se acercan días en que la rotación del tiempo produce una acumulación de emociones populares, de las cuales se pueden deducir afirmaciones de trascendencia para el porvenir de nuestra Valencia.

¡San José, las Fallas, Semana Santa, Pascual Parece cosa ligera, literaria, de impresión trivial, y, no obstante, ¡qué importancia tienen estas palabras para intentar conmover el espíritu de nuestro pueblo, el verdadero, el que hoy vive esclavo de influencias extrañas, embarcado inconscientemente en un navío cuyos rumbos no son otros que la desesperación y la muerte!

Cuán lejos, ¿verdad obrero valenciano?, de aquellos días de paz y de alegría, en que las vísperas de San José se anunciaban por tu barrio del Carmen, de

Ruzafa y por las calles de Roterós y de Gracia y por el Mercado y la Bolsería, con el reparto de tartas y bizcochadas a los cofrades y organizadores de cada falla. Días en que tus hijitos corrían por la calle pidiendo:

—¡Una estoreta velleta p'a la falla de San Jusep—el tío Pep—manque siga la tapaora del comú, número ú!

Recuérdalo bien, obrero valenciano. La buñolería de tu callecita o de tu pequeña plaza comenzaba a lanzar humaredas de leña y nubecitas de aceite quemado, de Espadán, en el que flotaban los buñuelos hinchados que tu mujer te servía en la mesa, limpia y honrada, o te los comías en la gozosa amistad de tus compañeros. No llevabas pistola, ni estrellas rojas, ni casi sabías dónde estaba Rusia, ni quiénes eran Stalin ni Lenin; pero vivías feliz y recorrías las fallas en la víspera de San José, o en el día, llevando de la mano a tus niñitos, que no sabían cerrar el puño ni cantar canciones de odio; todos reís las bromas de cada falla, investigabais la intención picaresca de cada monumento, y, al volver a casa, un poco cansados, discutíais con vuestras esposas o con el vecino cuál falla era mejor, y desacreditabais un poco la distribución de los premios.

Y venían después los días de Jueves y Viernes Santo, y aunque tú leyese en «El Pueblo» malas enseñanzas, que nos han traído, naturalmente, a las actua-

les catástrofes, tú tomabas el tranvía en la Glorieta y te ibas al Cabañal a ver los sayones y los «granaeros», y no dejabas de emocionarte cuando el Nazareno y la Dolorosa se «encontraban» en la calle ancha, llena de sol y de olor de mar.

Y después, llegaba la Pascua, la de las «monas» y los huevos duros y la lechuga fresca, que os comíais, toda la familia junta, en Monte Olivete, en el río o en los secanos de Godella y Burjasot. Y, plétórico de espíritu sano, ayudando a tus hijos, tirabas del hilo de la cometa—el «cachirulo»—que tú desde hacía días habías confeccionado en casa, y también la cola—«da cúa»—equilibrándola, hecha de los trapos que tu mujer, cuidadosa, guardaba para los remiendos.

Y ahora, en lugar de esa paz, de esas costumbres, ahora puedes ver las iglesias quemadas y las calles llenas de extranjeros que vienen a España para robarla y ensangrentarla.

Del Cabañal ya no irán a la ciudad sayones y «granaeros» en marchas ingenuas; del Grao llegan camiones de guerra, cañones y cajas llenas de sustancias horribles. Tal vez haya fallas también en este año, porque esa sombra de Gobierno que se ha escondido en nuestra ciudad, deshonorándola, quiera aún engañarte más y más, haciéndote creer que en la España roja, en la Valencia rusa, son posibles las fiestas del pueblo.

No, obrero valenciano, la risa honrada, el humor

sano de nuestro pueblo han desaparecido. Así lo han querido los hombres trágicos que han hecho del solar español todo un inmenso matadero.

Y a ti, Valencia idolatrada, te ha correspondido el papel tristísimo de presidir con tu nombre, siempre immaculado, la gestión de ese grupo de hombres malvados que te llevan a tanta desgracia.

¡Gobierno de Valencia, rusos en Valencia, orientaciones de Valencia; siempre Valencia en todos los periódicos del mundo, en todas las bocas, en todos los idiomas, en todas las radios, Valencia siempre! ¡Qué actualidad tan horrible, tan odiosa, la de nuestra tierra!

Valencia, que era evocación dulce en los versos de Zorrilla, laboriosidad y luz en los de Llorente; vigor colorista en los lienzos de Sorolla, popularismo alegre en el pentagrama de Giner, flor de naranjo, pomas de oro por todo el mundo, orgullo de trabajo, es ahora—¡Valencia santa!—el nombre profanado que cubre toda una conducta que vive del asesinato, del robo, del crimen.

¡Fallas de San José! Las hubo ya, las fallas, el día en que unos hombres ruines te hicieron quemar la iglesia de San Juan, de la cual tú, obrero de la Bolsería, del Trench, de la calle Baja y de la de Cuarte, estabas orgulloso por su magnificencia, porque los extranjeros la admiraban boquiabiertos, porque el «par-dalot asustaba a los «churrets» del mercado, porque

allí donde te habían bautizado y te habías casado, habían bautizado a hombres muy ilustres de Valencia, porque aquella iglesia tan hermosa era, y lo alegabas con vanidad, la parroquia de los más inteligentes, «dells pillos»...

Te hicieron quemar San Juan y la capilla de la Virgen y la Catedral y San Martín, San Agustín, la Madre de Deu Grossa, y tantos otros monumentos. Fueron unos hombres que tú no conocías los que se lanzaron a la calle y te dijeron que ya no había Dios, que los curas tenían la culpa del hambre del pueblo, que el Ejército se había sublevado contra ti, que matarían a tu mujer y a tus hijos.

Y al calor de tanta mentira, mentira recomendada siempre por Lenin para excitar al pueblo, te encendieron la tea, la pusieron en tu mano, y tú, loco y febril, quemaste, quemaste, en aquellas fallas, únicas, del mes de julio.

Y no paraste en esto: tus tiranos te dieron una pistola, juguete infernal, y te mandaron matar y matar, ¿a quién? Eso no importaba: lo mismo al hombre creador de riqueza, propulsor de industrias y de bienestar que al curita humilde de misa y olla; así al modesto creyente en Dios, como a tu compañero de trabajo; matar en la ciudad, en la huerta, por los caminos y acequias, llenos de hileras de cadáveres —«bultos»— en aquellas madrugadas del verano trágico, y también en éstas del invierno valenciano, bri-

llantes en el cielo luminoso, tenebrosas al tronar de las pistolas homicidas.

¿Te has enterado, obrero valenciano, de que tu ciudad y provincia han llegado a las mayores cifras de asesinatos cometidos en España? 20.000, 30.000.

¡Quién sabe cuántos más!

¿Lo sabías? ¡Qué espanto!

Cuando los extranjeros que te han adiestrado en esas artes criminales se vuelvan a sus tierras; cuando los españoles que hoy te dirigen huyan de España, llenos los bolsillos de caudales y de oro, toda esa sangre pesará solamente sobre ti, obrero valenciano, que no podrás huir porque ahí tienes a tu mujer y a tus hijos y a la madre viejecita, y el oficio.

Tú has matado porque el Comité o el Sindicato te lo mandaron así; tú has llevado al Saler, a la Malvarrosa, a los caminos, a pobres víctimas, que pronto tendrán en el centro de la ciudad un monumento glorioso de gratitud a su sacrificio, un Obelisco grandioso que subirá atrevido hacia el cielo, rematado por una Cruz de Paz. ¿Cómo te limpiarás, obrero valenciano, de esa sangre que has derramado? ¿Qué agua te lavará?

Cuando triunfe la España inmortal y Valencia restablezca su alma alegre, ¿podrás mirar cara a cara a tus hijos y a tus vecinos? ¿No descubrirán en tus ojos una nube de sangre, la sangre del viejecito que asesinaste en una madrugada, la sangre del joven que no te había hecho ningún daño, que era tu hermano?...

No sé, obrero valenciano, si hogañó habrá harina en Valencia para hacer buñuelos, cuando tus tiranos no la tienen para darte pan. Pero piensa que ya falta poco para que Valencia vuelva a los brazos amorosos de España y de sus servidores leales.

Es buena ocasión esta de las fallas y de las fiestas, que antes abrían la primavera valenciana, para que medites, para que tu espíritu se aleje de las bestialidades en que momentáneamente se había hundido.

Cuando Valencia se recobre a sí misma, al grito liberador del Ejército nacional, otra vez se reanudará la vida popular valenciana, hoy ennegrecida por el incendio y el crimen. Otra vez reharemos nuestra economía y nuestra cultura; la paz volverá a la ciudad, al campo, a las huertas; cantarán las campanas de todas las iglesias en un himno metálico y triunfal; volverá Valencia a ser la ciudad alegre y bulliciosa y trabajadora; continuará el progreso urbano; aumentarán las fábricas; se levantarán palacios y se abrirán caminos nuevos.

La Valencia renovada recordará como una pesadilla estos meses de esclavitud. Redimiéremos nuestra Senyera—cuatro barras y azul del cielo—de las impurezas y suciedades a que ha estado dedicada.

Nuestra Senyera, que criminalmente se la ha hecho presidir los horrores de Ibiza, la isla hermana, martirizada en tu presencia: ¡Senyera de las cuatro barras y azul del cielo!

¡Valencia!: en el día próximo de tu redención, figurarás al lado de las tierras ya libertadas de España,

bien querida de todos, atendida en tus aspiraciones, apreciada en tu cultura y en tu espíritu. Ancha al viento tu Senyera, compañera inseparable de la bandera española, imperial, la bandera de los colores viejos y del nuevo espíritu español, presidido por el general Franco.

Será entonces cuando todo en Valencia esté ya limpio y restaurado; será entonces cuando levantaremos las más bellas fallas, y los buñuelos nos sabrán a gloria, y serán triunfales los pórticos y estancias de la primavera valenciana.

El que esté manchado de sangre, que huya, como Caín, a la oscuridad de una cueva. El que pueda presentarse limpio, que prepare su espíritu para esas fiestas de nuestra nueva reconquista.

¡QUIÉN LO DIRÍA! VALENCIA TIENE HAMBRE

Una vez más os hablamos, valencianos, pidiendo a gritos vuestra reflexión frente a la situación desgraciada a que os han llevado vuestros enemigos, aquellos que os ofrecían un paraíso y os han lanzado al infierno en que estáis viviendo.

Conocemos, como si ahí estuviésemos, las privaciones a que os tienen sometidos, privaciones materiales y esclavitudes morales. Lo sabemos todo: las luchas terribles de Cullera y Silla y Burriana; la sangre que sigue corriendo por los pueblos y villas de Valencia, sangre que no acaba de satisfacer a esa fiera monstruosa que domina en nuestra tierra.

Sabemos que, criminalmente, se han convertido en depósitos bélicos la Catedral y varias iglesias, preparando terribles catástrofes, que harán volar a pedazos la ciudad un día negro de mal humor o de desgracia para los monstruos que tal cosa dirigen.

Sabemos que vosotros, valencianos, paisanos míos, habituados a la comida abundante y refinada, ya coméis carne de caballo, cosa que antes oíais decir de otros países como costumbre repugnante.

Sabemos de los embutidos de perro y gato—desaparecidos de las calles y de los tejados—que os hacen comer.

Sabemos de las colas de pan, que después de cinco o seis horas de espera, se deshacen sin conseguir una miga. Que no podéis comer carne...

Sabemos que la harina te la sirven mezclada con otra de arroz; de las sardinas a 0,30...

Y también sabemos que, al tiempo que tú careces de todo, en los Ministerios, donde se esconden tus enemigos, no carecen de nada y en ellos se tiene, para regalo de tus mandones, pan blanco de harina y buena carne y pescado fresco.

No para darte dentera—valenciano amigo, valenciano hermano—quiero que vengas conmigo a dar una vuelta por el mercado de Salamanca, que es lo mismo que si visitarás los de todas las ciudades de la España nacional.

Entremos. Una masa enorme de gente llena las naves y el sótano. Son gente feliz, que compra los comestibles, abundantes, a precios hoy inferiores a los normales.

La guerra, que es privación y carestía siempre, se ha convertido en la España de Franco en causa de abundancia y baratura.

Mira qué hileras de corderitos, centenares, abiertos en canal; por 11 ó 12 pesetas puedes comprar uno y organizarte, para tres o cuatro días, otros tantos festines familiares. Y si te gustan más, ¡qué hermosural, docenas y docenas de cerditos—lechones—tan blanquitos y tiernos: por 10 pesetas, unos cuantos amigos

pueden, de una vez, comerse uno, entre vasos de buen vino.

Y estas gallinas, aún ponedoras, por ¡cinco pesetas! Y ¡qué montones de huevos, fresquísimos, de Galicia! Mira el precio: 2,30 la docena. En Valencia valen a siete pesetas, y la gallina que aquí cuesta un duro, en Valencia seis o siete, y sólo se puede comprar con receta de médico.

Y al lado, mira qué maravilla de jamones: ¡cómo contarlos? Son de Sayago y de Zamora. Tan abundantes, que este comerciante con quien ahora hablamos ha exportado a los Estados Unidos de América ¡10.000 dólares de jamones!

Sobran aquí, y tú, valenciano hermano, si quieres comprar un poco para obsequiar a tu mujer, tienes que pagarlo a precio de oro, 20 ó 30 pesetas el kilo, ¡lo que aquí se compra a siete!

Al lado de los jamones, el queso fresco, blanquísimo de Villalón y el de Hinojosa, y el que de la Sierra envían los pastores. Aquí es abundante y barato, lo que ahí vale 12 pesetas el kilo.

Y en las carnicerías, ¡qué piernas de vacuno tierno!, ¡cuántas terneras abiertas!, ¡qué abundancia de lenguas y de despojos, para hacer buenos guisados con patatas y una hojita de laurel!

Pasemos a la sección de pescado. ¡Qué alegría para la vista! ¡Qué de merluzas plateadas, de sepias, de besugos, de sardineta fresca, de meros y lenguados, percebes, almejas, langostas vivas! Todo en grande, llegado en el día, de Galicia, en camiones, que llegan

al último rincón de la España nacional. Mira, valenciano amigo, no es para hacerte sufrir: ¿Sabes lo que vale un kilo de nuestra merluza o de sardineta grande y fresca? ¡0,90! Ahí, esa merluza te la piden—tú no la compras, porque no eres ministro—a 18 y 20 pesetas. Y la sepia, aquí, a 0,75 el kilo, y los calamares, lo mismo, y baratísimas las langostas.

Y para acompañar estas buenas comidas, ¡qué pan! Caliente, en hornadas que llegan a todas las horas al mercado, a las panaderías y a los puestos callejeros. Sorprende esta abundancia de pan, ¿verdad? ¡Pues aún exporta harina esta España de Franco!

No hablemos de la leche, sabrosa, que se puede cortar de tan espesa y sustanciosa, y de las mermeladas de Logroño.

Pasemos a las frutas, de las cuales se podría creer están privadas estas ciudades. Pues no. Mira, montones de naranjas de Sevilla; no son tan buenas como las nuestras, pero son dulces y olorosas; y manzanas rojas o amarillas, de Cáceres—cajas y más cajas—; y abundantísimos los plátanos de Canarias, y las castañas de Galicia, frescas y pilongas, y los higos secos y azucarados, y, como envío reciente de la Málaga redimida, ¡qué hermosura de limones gordos, para refrescar la garganta después de una caminata o de un trabajo!

Acabemos la excursión por el mercado, pictórico, animadísimo, que nos hace recordar el nuestro de Valencia en las vísperas de Navidad, la de antes, no

la última, triste, reservada a los directivos que allí mandan, en la satisfacción del buen comer.

Salgamos del mercado, valenciano que me acompañas, y demos un paseo por la plaza Mayor, inmensa, cuadrada, elegantísima. Pasearemos por los pórticos y nos detendremos ante los escaparates de estas confiterías, que terminarán el menú ideal que hemos devorado con los ojos.

¡Qué golosinas nos ofrecen estas tiendas, donde la gente traga, más que come, docenas de buenos pasteles de crema y de hojaldre y los tocinos de cielo, a precios inverosímiles de ¡15 céntimos! Mira qué brazos de gitano, qué pifionadas, grandes como cañones; qué «tortaes», que parecen tanques; qué baterías de merengues y de natas y de «cocots de peix»; ¡sí, como los nuestros!, y «ensaimaes», ¡como las nuestras también!

Y después de probar alguna de esas deliciosas y abundantes golosinas, bien podremos beber un vasito de vino de Jerez, o de Montilla, o de Pedro Ximénez, o de Málaga, o vino dulce de Castilla, y de este modo acabar esta excursión; si no quieres ir a un estanco, que encontrarás bien provisto de todo.

De estas excursiones por las calles de Salamanca, deduciremos estas afirmaciones:

En las tierras españolas ocupadas por el Ejército nacional se vive mejor, se come más y mejor que en la España roja.

SALVADOR FERRANDIS LUNA

Esto ocurre porque lo que ahí, en Valencia, es anarquía, aquí, en la España nacional, es organización y orden y disciplina en todas las clases. Porque en la España de Franco hay un Gobierno que cuida de que nada falte; mientras que ahí no hay nada organizado y todo está entregado a la imprevisión y al latrocinio. Porque ahí todo lo preside el robo, y aquí la administración. Porque ahí lo domina todo el bandidaje y el saqueo, y aquí todo está inspirado por el patriotismo.

¡Quién lo diría, valencianos! En Valencia, la ubérrima, se padece hambre. ¡No lo creeríamos nunca de los valencianos, amigos siempre del buen comer y sometidos ahora a tantas privaciones! ¡Quién lo diría! ¿Y sabéis tantos sacrificios para qué os sirven?

Para que vuestros directores, poco a poco, sin que os enteréis, vayan huyendo a Francia a gastar en buenos hoteles o a guardar en los Bancos los beneficios de guerra que obtienen, robando la riqueza que hizo grande a nuestra Valencia y tomándote a ti, obrero, jornales en las pagas que cobras mermadas.

¡Abrid los ojos, valencianos!

(Charlas radiadas en lengua valenciana por Radio Nacional los días 17 y 31 de marzo de 1937.)

VALENCIA MÁXIMA

UN PLAN DE MEJORAS
LA GRAN CIUDAD
FE





E S Q U E M A DE PROGRAMA MUNICIPAL ⁽¹⁾

CONFESIONES

Como buen valenciano, y este título no me lo puede quitar nadie, pues tengo hechas de ello mil demostraciones, siempre me he preocupado de nuestra tierra y de sus problemas. Ahí está toda una historia personal de juventud consagrada a examinar todos los matices de nuestra vida valenciana, desde el económico hasta el cultural, en centenares de trabajos y de artículos. El renacimiento valenciano que intentamos unos cuantos jóvenes, y que nunca fué antiespañol, consistía en una protesta honrada contra el régimen político que la Dictadura echó por los suelos; por esto último, yo, siendo consecuente, me incorporé a la obra de Primo de Rivera, colaborando en iniciativas, especialmente financieras, del gran Calvo Sotelo. Vino la República, y advertí con asombro cómo

(1) Publicado en el semanario «Valencia», en San Sebastián, del día 1 de mayo de 1937.

las izquierdas revolucionarias utilizaban para su obra demoleadora y disgregadora todos los temas y elementos elaborados por la juventud renacentista: la lengua valenciana, la Senyera, la autonomía regional, todo aquello que había sido siempre tan atacado y perseguido por las izquierdas, ahora era mimado y protegido por ellas. No era difícil descubrir la intención: falseando el espíritu de aquel movimiento que era de vital reacción contra el sistema caduco de los viejos políticos y despertador de las dormidas capacidades de Valencia, las izquierdas valencianas, imitando en esto a las catalanas, daban el brazo ahora a los regionalismos para utilizarlos como arma revolucionaria, para arraigar en las regiones más fuertes económicamente. Hicieron así presa, en Cataluña y en las Provincias Vascongadas, concediendo los Estatutos a cambio y como precio de su adhesión; en Valencia no hubo tiempo, pero así y todo se inició la campaña estatutista, que no cuajó por el poco valer de sus propagandistas y por los provincialismos de Castellón y Alicante.

Descubierta la malsana intención de los nuevos regionalistas, era natural la reacción de los que no podíamos caminar por esas vías de la Revolución y de la anti-España. Por esto, mis preocupaciones y trabajos valencianos se refugiaron en el terreno cultural, examinando en artículos periodísticos temas históricos o de interés literario y artístico.

En el orden nacional, durante los años calamitosos de la República, mi simpatía y adhesión han sido

para dos núcleos que en Madrid iban poco a poco elaborando los principios de la España nacional que hoy, afortunadamente, vemos triunfantes. En Acción Española he convivido con Ramiro de Maeztu, con Sainz Rodríguez, Víctor Pradera y marqués de Quintanar, entre otros. De Falange, admiraba, en estrecha relación, las creaciones de José Antonio, de Eugenio Montes, de Giménez Caballero, de Alfaro y de otros. Entre estos paralelos ideales anduvo mi pensamiento en los años de dolor y de creación.

No ha de ser extraño, pues, que mi adhesión al Movimiento nacional sea tan arraigada y firme, ya que no nace de una mera repugnancia ante los crímenes de la España roja, en reacción improvisada, sino de un deseo, de una intención, con los cuales acompañaba desde hace años a los autores del Movimiento.

LA NUEVA UNIDAD

Y dejemos este tono personal para hablar de Valencia. Lo dije, cuando la desgraciada campaña estatutista, fracasada afortunadamente, y lo repito ahora: lo interesante en Valencia es la ciudad, que ha formado siempre en la Historia una unidad moral destacada. La ciudad de Valencia ha de ser, pues, la ocupación principal de los valencianos: el servicio que España nos pide. Hacer una Valencia grande; llenarla del espíritu nuevo, utilizar las grandes capacidades económicas y espirituales de nuestra tierra para la obra imperial a que nos hemos obligado ante el mundo: he aquí la obra ilustre de los valencianos.

La región, con todo su enorme valor económico, seguirá los rumbos de la capital.

El llamamiento nos ha sido hecho, y hemos de corresponder a él de este modo, haciendo una Valencia grande, que ahora, entiéndase bien, no quiere esto decir conquistarla para un partido, sino incorporarla a esa gloriosa interpretación nacional que se ha definido:

«España es una unidad de destino en lo universal.»

En las épocas imperiales, Valencia y sus hombres ocuparon lugar destacado en aquellas glorias. Luis

Vives fué, en lo espiritual, su hombre más representativo.

Se nos llama para una nueva unidad, que ahora se formula con signo imperial. Nosotros aseguramos que Valencia cumplirá su Servicio.

ECONOMÍA VALENCIANA

¿Problemas de Valencia? Muchos, y todos urgentes, sin preferencia entre ellos. Para empezar, indicaremos el económico. ¿Cómo quedará la agricultura el día de la paz? ¿Cuánto habrá sufrido el arbolado, especialmente el naranjero? Suponiendo que el daño no sea demasiado grande, y aceptando que desde luego se pueda reanudar la marcha productora, se plantea el enorme problema del destino de nuestras producciones, de la exportación, absolutamente indispensable para el equilibrio de nuestra balanza nacional de cambios.

Además, en ese sector productivista de Valencia se habrán de imponer algunas directrices, y son: la nacionalización, en lo posible, del comercio exportador, para que los beneficios del mediador, del naviero y del banquero queden en España, quitándole el aspecto colonial que tiene hoy. Otra orientación ha de consistir en atender el mercado interior de España para compensar restricciones que puedan venir de parte de nuestros habituales compradores y contingencias desgraciadas en el extranjero. La exportación es vitalísima, porque nos trae divisas que necesitamos; pero que no se olvide una cosa, y es que, en último término, además de las razones de afecto y patriotismo, los problemas de España se han de

resolver en casa, y que al productor valenciano le debe interesar tanto el consumo constante del mercado nacional que el aleatorio del extranjero. Sin merma, pues, de la exportación, cuídese el consumo de España y procúrese su crecimiento. Aconsejamos, pues, estas dos orientaciones: corregir el aspecto colonial de nuestra exportación e intensificar el comercio con el resto de España, a medida que vaya aumentando la capacidad de compra del mercado interior.

LA VALENCIA MAXIMA

Las situaciones económicas son la condición previa para vivir. Pero sigamos esta enunciación de temas valencianos. Hemos dicho que la ciudad de Valencia constituye una unidad moral. Por esto, es necesario proceder a una reorganización de su gobierno. Como para toda España, propugnamos un régimen municipal de tipo autoritario. Nunca más se debe hablar de elecciones, con toda su secuela de corrupciones y de inmoralidades. Treinta y cinco años de republicanismo local, han sido experiencia suficiente. Basta, basta de concejales peseteros y de brigadas electoreras; de analfabetismo beocio y de escándalos. El paréntesis de la Dictadura y la gestión brillante del marqués de Sotelo—a quien Valencia debe su homenaje—son el ejemplo de lo que allí se puede hacer con buena administración y con energía. Fué antecedente la Alcaldía del general de Ingenieros don Juan Avilés, al que debemos recordar por sus destacadas condiciones de gran inteligencia y por su entusiasmo por el progreso de Valencia.

Territorialmente, defendemos la ampliación de la ciudad con la anexión de todos los Municipios que la rodean, para constituir la Valencia Máxima, que está

V A L E N C I A R O J A

determinada por una continuidad de construcciones y vías, por una diaria convivencia y por un enlazamiento de problemas. Las dificultades tributarias, tra las cuales se producían algunas resistencias, son facilísimas de resolver. El régimen autoritario produce, además, la solución de algunas oposiciones de carácter político que existían para la creación de esta Valencia grande.

Esta ciudad, engrandecida así, la concebimos administrada por una autoridad unipersonal: el alcalde nombrado por el Estado, designación que debe recaer en un valenciano de reconocida capacidad y con grandes dotes organizadoras. El alcalde puede ser asistido, sin merma de su autoridad ni de su responsabilidad, por un Consejo municipal, en funciones asesoras, unas, previstas por la Ley, y otras, opcionales para el alcalde. Los miembros del Consejo o consejeros podrían ser designados por las Corporaciones reconocidas por el nuevo Estado, que será esencialmente corporativo. Así será eficaz en Valencia, como en el resto de España, la administración municipal, y de este modo, desmontado el artificio democrático, que en la vida local hacía los mayores estragos, nuestra ciudad alcanzará progresos insospechados.

ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL

Hemos diseñado en este programa municipal la extensión jurisdiccional de la ciudad y su administración. ¿Qué hacer luego? Primeramente, reorganizar la Hacienda, destruída por las dominaciones republicana y roja, y ordenar los ingresos, hoy prácticamente extinguidos; simultáneamente, poner mano en los servicios municipales, colocándolos en condiciones técnicas, y revisar libremente todo el personal. Para iniciar la nueva administración, necesitará la ciudad hacer alguna operación modesta de crédito, que luego se refundirá en otras de grandes vuelos, pues, en nuestra opinión, hay que gastar mucho y bien, en inversiones que engrandezcan la ciudad y que proporcionen, de retorno, ingresos nuevos, cuando Valencia haya recobrado su dinamismo, hoy herido mortalmente.

En una palabra, hay que hacer una política municipal audaz, de grandes reformas y mejoras, pues la base económica de Valencia es muy grande si la dirige una buena administración.

RESTAURACION ARTÍSTICA

A lo primero que hay que atender en Valencia, en orden a trabajos, es a la restauración artística de la ciudad, especialmente en lo religioso. La destrucción ha sido enorme y salvaje: la Catedral, la Virgen, las iglesias de San Juan, San Martín, San Agustín y tantas otras, se han de restablecer con trabajos apropiados y delicados, que, dirigidos por la autoridad municipal, como suprema en este orden, se han de realizar con la colaboración entusiasta de los fieles, con aportaciones personales, corporales y económicas, organizando cofradías o hermandades que aúnen esfuerzos rápidos, contraten artistas; de tal modo, que cada templo destruído sea una colmena de laboriosas abejas que a todas horas trabajen y trabajen hasta restablecer la magnificencia de las Casas de Dios.

Esta labor de restauración, decimos, es muy delicada, y será necesario que la dirijan personas de buen gusto y bien orientadas.

Viene a la pluma, al tratar de la restauración artística de las iglesias, aludir al problema general de la conservación monumental de la ciudad, tan abandonada siempre. Por delante, la propuesta de que las Torres de Cuarte dejen definitivamente de ser cárceles, convirtiéndolas en Museo Militar, y que se ordene y atienda el patrimonio artístico que el vandalismo rojo haya dejado útil.

construcciones, para que del centro de la ciudad desaparezca un edificio que estaba bien allí cuando aquello eran afueras, no hoy. En nuestro concepto, la nueva Plaza, que puede ser de más capacidad que la actual, tan monumental como se quiera, se podría construir al otro lado del río, detrás de la Alameda, con espléndidos accesos, a los que se llegaría por los puentes, dando lugar a brillantes desfiles y a desplazamientos de grandes masas, beneficiosos para todas las industrias de transportes.

Anexa y simultánea con esta mejora, habría de ser la retirada de la Estación del Norte hasta el punto en el cual, durante un siglo, no estorbaba el ensanche de Valencia ni interrumpiese la comunicación de zonas urbanas. En el lugar que hoy ocupa la Estación y sus vías, se abriría una avenida espléndida con edificaciones rodeadas de jardín.

Estas dos reformas, o sea el traslado de la Plaza de Toros y la avenida de la Estación, podrían ser objeto de una especial operación de crédito a plazo largo, realizada por las tres entidades interesadas: el Municipio de la ciudad, el Hospital, propietario de la Plaza, y la Compañía de Ferrocarriles del Norte.

El servicio de intereses y amortización se atendería en primer lugar con los productos de la venta de solares resultantes—por el margen entre su valor y el de compra para las nuevas construcciones—y con un recargo sobre las entradas en la Plaza nueva y sobre los billetes de ferrocarril.

URBANISMO

Urbanísticamente, el primer problema que salta a la vista es éste: ¿forzamos las reformas en la dirección de la Gran Vía y Ensanche, es decir, la Valencia nueva a costa de la vieja, condenando a muerte a ésta? Ha sido esta la orientación de los últimos años, en nuestro concepto, equivocada por excesiva. Así resulta que cuando orgullosamente se muestran los alcances de las nuevas construcciones, se olvida que cada calle de esas novísimas mata, al nacer, otra de la ciudad vieja, depreciando el valor de las casas y extinguiendo su vida poco a poco.

Es una pena ver la calle de la Paz, tan simpática y bien construída, muriendo ante la indiferencia de unos Ayuntamientos que no se han cuidado de mantener con vida y valor una vía de que tan orgullosos estaban los valencianos. Su animación de otros tiempos se ha trasladado a la calle de Ruzafa, plebeya y canalla, con sus tugurios de la peor especie.

Por todo esto, creemos que hay que vitalizar la ciudad vieja, favoreciendo su animación por todos los medios, con la ordenación racional de la Valencia antigua y con la urgentísima y fácil comunicación de la calle de la Paz con la de las Barcas por las plazas de Canalejas y San Andrés.

Otra reforma necesaria es el traslado de la Plaza de Toros, para que sus solares dejen lugar a nuevas

En el centro de la ciudad, en esa plaza de Caste-
lar, que, para olvido de su actual carácter, debe lla-
marse plaza de España, está el lugar de los primeros
trabajos urbanísticos a realizar, y que han de consistir
en desmontar esa desdichada plataforma de piedra
que afea a la plaza, achata los palacios que la enmar-
can y sirve de pobre exhibición de todas las miserias
regionales, y, en los tiempos pasados y actuales, de
club anarquista. Esa plaza debe quedar al nivel na-
tural de la calle, con balaustradas, farolas, vasos mo-
numentales y un estanque con aguas en el centro,
pero todo a ras de tierra, sin altiplanos, que, además
de lo dicho, cortan perspectivas.

Naturalmente, tendrá que desaparecer el boquete
del Mercado de flores y la tumba egipcia en que éstas
se venden ahora, es decir, lo que el humorismo valen-
ciano ha calificado de «escupidera».

La piedra que sobre será utilísima para cerrar el
llano del Remedio, transformándolo en jardín roma-
no con trazos arqueologistas.

Y allí cerca, en el punto redondo de la plaza del
Marqués de Estella, enfrentado con las calles de la
Paz y Colón, se debe levantar el gran Obelisco a
nuestros mártires del comunismo; monumento que
tenga por remate una cruz y que recuerde a las gene-
raciones futuras los horrores que la ciudad ha pre-
senciado y sufrido.

La venta de las flores siempre ha sido en Valencia
una obsesión urbana; no sé cuántos mercados de flo-

res hemos conocido, y asustaría sumar los miles y
miles de duros que han costado para conseguir este
resultado: la ciudad tiene un mercado de flores, un
punto en que éstas se concentran para su venta, pro-
duciéndose una bella nota de color, y en el resto de la
ciudad no se ve una flor. El resultado es desdichado,
al lado de otras ciudades de todo el mundo, donde,
como parece lo natural, las flores se venden y se ex-
hiben por todos los sitios.

Somos partidarios de una solución media, que con-
sista en que haya un lugar permanente dedicado a
flores, para lo cual proponemos la plaza Redonda,
con venta también de pájaros, peces, etc.; la acomoda-
ción es fácil y barata. Pero, además, autorizaríamos
la venta de flores en mil lugares, como se autoriza la
de periódicos y refrescos; es más: a ciertos kioscos
les obligaríamos a vender flores, y no estaría mal que
éstas desplazasen en algunos de aquéllos tanto folle-
to estúpido o peligroso.

Recomendamos también como ornamentación ur-
bana la construcción de fuentes. Hubo un tiempo en
que, por la sana influencia italiana que recibió Valen-
cia y muchas ciudades españolas, la nuestra levantó
muchas fuentes en los jardines y plazas: la del Tritón,
de los Cisnes o Patos, la del Negrito, plaza Pellicers
y tantas otras. Esa tendencia, no sólo no se ha se-
guido, sino que se ha contrariado por unos Ayunta-

mientos beocios y por unos arquitectos indiferentes. Algo que se ha hecho en los jardines del Real, más valiera que hubiese quedado inédito.

Mucho podríamos escribir de jardinería urbana en Valencia, entregada siempre a modestos horticultores o floricultores sin orientación y de nula cultura artística. A lo más que han llegado, es a copiar sin gracia el modelo sevillano a la moda, olvidando nuestras tradiciones jardinistas, de las cuales quedan aún unos pocos ejemplares.

El único acierto es la plantación de naranjos en la calle de Colón, bastante abandonada por cierto y que recuerda los ya extinguidos de la Alameda, el patio del Instituto y tantas «orangeries»—empleando la palabra francesa—que antes existían en Valencia.

Se ha tenido horror, tal vez por creerle clerical o mortuorio, al ciprés, que siempre ha lucido en nuestros jardines clásicos y triunfa en las campiñas de la Plana y en nuestras vegas. En Italia se obtienen con este árbol perspectivas preciosas y rincones encantadores.

Y el mismo olvido se tiene del mirto, del pino mediterráneo, del laurel, de la araucaria, árboles y arbustos que están ennoblecidos por los siglos y por nuestra tradición artística.

Las decoraciones jardinerías actualmente se hacen en Valencia con cemento armado y cerámica barata.

en lugar de utilizar el mármol y los jaspes regionales y el bronce o hierro.

Contra la jardinería de pacotilla y de temporada, defendemos la clásica y permanente, hecha con elementos y materiales nobles.

REFORMAS EXTERIORES

Como reformas exteriores, defendemos la construcción de la cornisa o balcón sobre el mar en la playa de Nazaret, utilizando la mayor parte de la superficie de ésta para la edificación de villas y hoteles, con lo cual el valor de estos solares pagaría en gran parte el coste del muro al mar y los accesos a la playa.

Próximo a este lugar está el de la otra reforma necesaria: la ordenación de la Dehesa para transformarla en el gran Parque de Valencia. Esta labor se podrá entregar y confiar, por su carácter cívico y como ejemplo de patriótico entusiasmo, a la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. cuando, victoriosa en la guerra, pueda dedicar sus esfuerzos a trabajos que han de permanecer como hechos gloriosos de una juventud que tiene conciencia de sus deberes.

También se habrá de estudiar la construcción de una estrada autopista que desde Valencia conduzca a la Dehesa, sustituyendo el estrecho camino actual.

Problema exterior también es el de los enlaces ferroviarios, de los cuales hay algunos estudios hechos en Valencia.

Por impulso municipal, se debe en la Valencia Máxima que proyectamos, organizar la red de caminos y carreteras, muchos de los cuales, por la reducción

del término municipal actual, dependen de la Diputación. De acuerdo, además, con este organismo, se deben hacer los enlaces necesarios para formar verdaderos circuitos locales de turismo, es decir, aquellos necesarios para en breve tiempo recorrer toda la campiña y alrededores de Valencia en excursiones rápidas que faciliten el conocimiento de nuestro país en los lugares de mayor interés.

Concebimos tres circuitos locales de turismo: uno que comprende Sagunto y el Puig en su extremo; otro, la Albufera y sus vecindades; y un tercero, la vega Oeste con Manises, Godella, Burjasot y pueblos próximos. Cada circuito de éstos tendría sus alicientes y visitas, y para su servicio y el general en todo tiempo, se montarían tres hospederías típicas con todo el detalle y ornamentación de las que existen en otros lugares de España.

Como cada día la relación entre Valencia y los pueblos que la rodean es más intensa, y como esta trabazón aumentaría con la organización municipal extensa—máxima, como concebimos la nueva ciudad—, es necesario estudiar un plan de ciudades o poblados satélites, facilitando el desarrollo de los existentes y evitando la actual anarquía en su formación.

En alguno de los lugares secanos y calveros de los alrededores de Valencia, se habrían de organizar los campos de trabajo y campamentos de nuestras agrupaciones juveniles patrióticas, para que en ellos, en sano laboreo, construyan jardines, campos de juego, etc.

MILICIAS DEL TRABAJO

Las bajas de la guerra y la actividad del nuevo Estado, con su gran dinamismo, que trascenderá a los particulares, serán motivos suficientes para que el paro obrero quede anulado prácticamente. Si aún quedase algo, y considerando los contingentes de obreros que a Valencia llegarían, especialmente de Aragón, todo quedará absorbido por las obras que la ciudad debe realizar.

Pero entendemos, además, que hay que organizar las Milicias del Trabajo para algunas de estas obras, Milicias a las que deben ir todos los valencianos que no tengan una ocupación definida y clara. Copiaremos a este propósito el punto 16 de Falange, consagrado ya por el Estado:

«16. Todos los españoles no impedidos tienen el deber del trabajo. El Estado nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás.»

En la obra de la nueva Valencia no habrá, pues, convidados. El que no tenga ocupación conocida, recibirá el honor de formar en las Milicias valencianas del Trabajo, y podrá ostentar con orgullo el título de «Obrero de la Ciudad», figurando su nombre con homenajes ciudadanos.

Tenemos mucha fe en la organización de estas Milicias, que han de ser un elemento de gran interés en la gran obra de la Valencia Máxima.

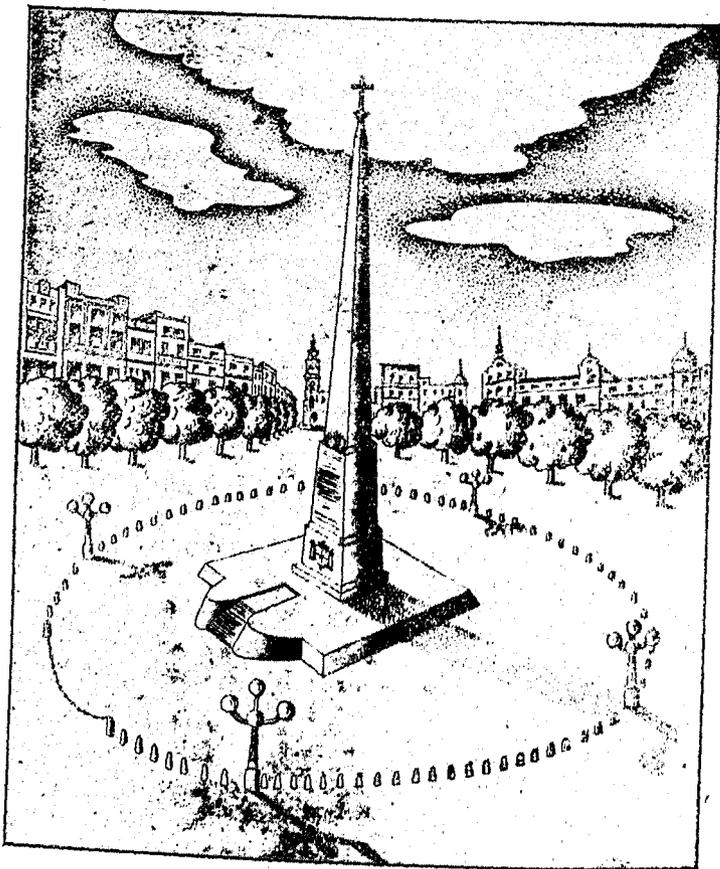
También desde la Alcaldía de Valencia se habrán de impulsar las nuevas formas de asistencia social creadas por el Estado nuevo para el cumplimiento de sus postulados de Justicia y Hermandad, y asimismo se habrá de intentar el restablecimiento de instituciones clásicas, como el «Pare de Orfens» y otras, que son el orgullo de nuestra historia y constituyen un modelo de intervencionismo del Poder público en favor de las personas necesitadas de apoyo y asistencia. La tradición valenciana es riquísima en este respecto, y esperamos que, cuando nuestro Movimiento triunfe en nuestra tierra y se pacifiquen los espíritus, se podrá realizar una política de cristiana humanidad.

PARA TERMINAR

No tengo la pretensión de haber hecho un programa municipal completo, sino únicamente los trazos generales más destacados de lo que creo debería ser la gestión de la autoridad valenciana que, en mi concepto, ha de establecerse en nuestra ciudad.

Este esquema, con todos los detalles reseñados, fué concebido en horas bien excepcionales. Fué en los días de prisión dura e incomunicada en la Cárcel Modelo de Valencia, cuando, reaccionando contra la tendencia fácil hacia el pesimismo, nuestro espíritu, venciendo idealmente circunstancias las más tristes y desgraciadas que ha conocido nuestra ciudad, soñaba días nuevos y venturosos y trazaba planes y programas que tenía por seguro se habían de realizar, con una fe en el triunfo que no podían destruir las miserias y crueldades de nuestros carceleros.

MONUMENTO A LOS MÁRTIRES



«En uno de nuestros números anteriores hemos publicado un «Esquema de programa municipal» para la creación de la Valencia Máxima, una ciudad grande y gloriosa que sea la aportación magnífica, el presente histórico de los valencianos a la España Imperial de nuestros sueños.

En ese trabajo, obra de un paisano nuestro que con nosotros convive y con nosotros lucha, se ha formulado una iniciativa que, al anunciarse, ha conquistado ya nuestros corazones.

Los mártires de Valencia, los miles, muchos, en terrible número, que en nuestra tierra han caído víctimas de la barbarie roja, deben tener un monumento en la Ciudad para glorificar su sacrificio, para que en esas piedras que se elevarán al cielo como una oración, quede perpetuado secularmente nuestro recuerdo y nuestra veneración por los que cayeron. Y también la decisión de que nuestra Patria no vuelva jamás a conocer los horrores actuales, ni a sus monstruosos autores.

Simbolismo de piedra santa, Monumento de piedad, de gloria y de civismo, Ara de ritos patrióticos; eso será en la Valencia Máxima el obelisco proyectado.

Hoy anticipamos un bosquejo de proyecto que plasma el pensamiento que ya es común a todos los valencianos libertados, porque lo llevábamos en lo mejor de nuestra alma, allí donde se elaboran los amores más puros y ardientes.

En la más bella entrada de la ciudad, en la plaza que tiene las vecindades de la vieja Ciudadela, las gracias de la Glorieta con fondos de campanario plateresco, y la calle de Colón, con sus filas de naranjos, en esa hermosa conjunción urbana, amplios la perspectiva y el horizonte, para que la cruz del remate destaque en el cielo azul, allí se concibe el emplazamiento de este obelisco de nuestros mártires.

Y no es prematuro ni anticipado que pensemos y laboremos ya para glorificar a esa Valencia que ha muerto por Dios y por la Patria, pues cuando llegue el día de la reanudación, cuando nuestra ciudad se libere de sus tiranos, nada podremos hacer con satisfacción ni con entusiasmo, hasta que esas piedras estén de pie y triunfales, en funciones de purificación ciudadana.»

(«Valencia». San Sebastián, 15 mayo 1937.)

T A B L A

	<u>Página</u>
Prólogo de Federico García Sanchiz.....	5
El color de Valencia	13
Estampas.....	17
¡Al micrófono!.....	83
Valencia Máxima.....	99
Monumento a los Mártires.....	123